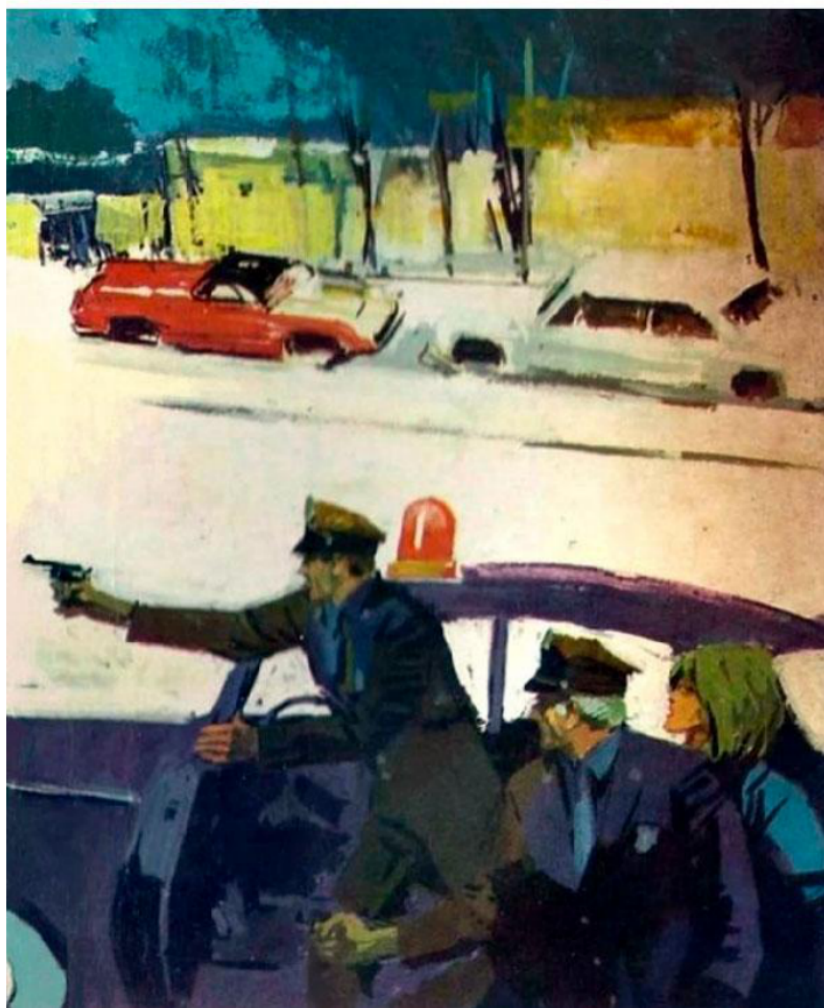


BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERIE
**PUNTO
ROJO**

"PATRULLA 22"

curtis garland



COLECCION

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

PATRULLA 22

Colección **PUNTO ROJO** n.º 491

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 27.912 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: setiembre, 1971

© CURTIS GARLAND, 1971
sobre la parte literaria

© DESILO, 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.097 — El *dossier* escarlata.

En Colección PUNTO ROJO:

480 — La dama de oro.

PRÓLOGO

Ben Mac Coy salió del Precinto. Cambió una mirada con Clark Dugan, sentado al volante del coche-patrulla.

—Vamos —dijo—. Creo que he conseguido el indicio final, Clark.

—¿Estás seguro? —dudó Dugan, mientras se disponía a poner en marcha el coche.

—Completamente. Por eso te dije que esperases un poco. No sé, fue como una corazonada. Pura intuición. Algo andaba mal en el asunto, y tuve la seguridad de que mi idea podía ser buena. Algo que me dijo anoche Sarah, me persuadió de ello, aunque no quise admitirlo claramente ante ella.

—Las mujeres... —suspiró Clark Dugan, sacudiendo la cabeza con una risita—. Siempre tienen alguna ocurrencia buena, después de todo. Enid también me expone a veces sus teorías, cuando algo no está claro en uno de nuestros problemas. Pero la verdad es que rara vez acierta, la pobre.

—Sarah es diferente —objetó Ben Mac Coy, suspirando, y ajustándose algo mejor la gorra de su uniforme de agente de la Metropolitana, Brigada Volante de Manhattan—. Ella tiene intuición, un especial sentido para olfatear cosas que uno no ve a veces, aunque las tenga debajo mismo de las narices, Clark.

—Bueno, lo cierto es que estamos ya en el buen camino —sonrió, mirando a su compañero de patrulla, sentado junto a él—. ¿En marcha?

—Sí. —Mac Coy dirigió una ojeada a su reloj de pulsera, y una vaga mirada de soslayo, distraída, al agente Tilbitt, de guardia en la puerta del Precinto, así como al viejo Burgess, que aparecía por la esquina, vendiendo la primera edición matinal del *Times*—. Es la hora, Clark. Adelante.

Clark Dugan puso en marcha el automóvil de la policía.

Fue lo último que hizo en su vida. Apenas accionó el encendido del motor, el coche-patrulla se convirtió en un volcán.

El agente Tilbitt y el viejo vendedor de diarios Burgess, fueron privilegiados y directos testigos de la hecatombe. Poco después, Tilbitt, lívido y sudoroso, ante un buen trago de *whisky* para reponerse de la tremenda impresión, referiría el suceso con palabras secas, entrecortadas:

—Fue... Fue como si de repente el Vesubio hubiera brotado por en medio mismo del asfalto de la calzada. ¡Horrible!... Reventó el suelo, levantándose. El coche de los pobres Ben y Clark... Bueno, se hizo trizas, reventó en el aire, con ellos dentro...

Era una forma de describir las cosas algo peregrina, pero bastante exacta.

Así sucedió. Como si un volcán estallara de súbito en pleno corazón de Manhattan, en el Precinto policial de Pennsylvania Station.

Pero el volcán no estaba debajo del asfalto, como describía Tilbitt, sino dentro del coche-patrulla que, súbitamente, había reventado, en medio de una llamarada impresionante, para hacerse chatarra, hierros retorcidos, desgajados, lanzados al aire por la fuerza expansiva del estallido, lo mismo que los humanos jirones de ambos patrulleros, cuyos cadáveres, recuperados apenas pasó el efecto inicial de la explosión, sufrían amputaciones y mutilaciones atroces.

Aun así, Ben Mac Coy, joven y fornido, sobrevivió cosa de una hora al cataclismo. Conducido en ambulancia al Bellevue Medical Center, dejó de existir apenas ingresado, sin haber recuperado el conocimiento, mencionando solamente, en su delirio agónico, el nombre de Sarah, repetidas veces. Sarah Mac Coy era su esposa. Desde ahora, su viuda.

Clark Dugan, con gravísimas lesiones en su cuerpo, piernas y cráneo, fue muerto instantáneamente por la explosión. Aunque se le Condujo también al hospital, ingresó ya cadáver. Virtualmente lo era cuando le subían a la ambulancia.

El coche-patrulla número 22, de la Brigada Volante Metropolitana en Manhattan, apenas si era un informe montón de hierros retorcidos, humeantes, en medio del asfalto de la Octava Avenida.

—Fue así, capitán Hawks. Ya no hay ninguna duda.

Hasper Hawks, capitán de las Patrullas Volantes del Distrito de Manhattan, clavó su mirada de lince en el rostro ancho y rubicundo del teniente Richard Mulligan, de la División de Homicidios.

—¿Ninguna? —masculló, mordiendo casi con rabia la extremidad de su cigarro.

—En absoluto, capitán —suspiró el teniente Mulligan, poniendo ante su superior de la Brigada Volante el certificado de los laboratorios del Departamento Central de Policía—. Era una bomba conectada al encendido del motor. Apenas éste se produjo, el coche voló por los aires, al actuar el mecanismo de percusión sobre la carga explosiva.

—¿Cómo pudieron aplicar una bomba a un vehículo de la policía, teniente?

—Eso no puede saberlo el laboratorio. Es cosa suya, capitán. Ustedes sabrán cómo pudo suceder.

—¿Qué clase de explosivo fue? —quiso saber el policía.

—Nitroglicerina. Un ingenio casero, creo yo. Pero disponían de nitroglicerina. No es que sea difícil de encontrar, pero tampoco demasiado sencillo. Claro que un profesional que robe cajas de caudales, un dinamitero, un químico... pueden conseguirla, sin duda alguna.

—Nitroglicerina en un motor de un coche de mis patrullas... —refunfuñó sombrío, muy ceñudo, el capitán Hawks—. ¡Inaudito, teniente!

—Es lo que opinamos todos. Alguien odiaba lo suficiente a sus patrulleros como para jugarse el cuello en esa tarea. Porque el que lo hizo sabe positivamente que, una vez descubierto, nadie le libraría de la silla eléctrica.

—¿Odiar a Ben Mac Coy y a Clark Dugan? —se escandalizó el capitán Hawks—. ¡Imposible, teniente! Eran las dos personas más estimadas, respetadas y queridas de mis patrullas volantes.

—Perdone que le rectifique, capitán, pero habla usted como superior de ellos, como camarada suyo. En nombre de la ley, de la policía y de la gente de buen vivir. No se pone en el otro lado de la divisoria, en el terreno del delincuente. Éste, pocas veces simpatiza con usted, conmigo... o con nuestros subordinados.

—Ahora permítame, teniente Mulligan, que sea yo quien le

rectifique a usted —cortó ásperamente el oficial de patrulleros de Manhattan—. Si mis hombres, aparte de defender la ley, ayudan al prójimo en apuros, pocos como Ben Mac Coy y Clark Dugan para tal clase de tarea. Eran dos hombres buenos y justos, dos policías humanos y magníficos, que no sólo perseguían a un delincuente, si lo había, sino que jamás golpearon o humillaron a nadie, aunque fuese un criminal. Yo podría contarle algo sorprendente, amigo mío. El día que se cumplieron cinco años de su labor como patrulleros..., los mejores obsequios los recibieron de gentes que habían delinquido, que habían ido a prisión o pagado fuertes multas, pero que supieron reconocer que, de no ser por Mac Coy y Dugan, hubiesen terminado mucho peor, o con mayores problemas. Y que cualquier otro policía hubiese sido con ellos más duro e intolerante. Eso puede darle un ejemplo de lo estimados que eran ambos... a uno y a otro lado de la divisoria, teniente.

—Le creo —suspiró el oficial de Homicidios, sacudiendo la cabeza—. Pero ahora, ellos están muertos. Y alguien les ha matado. Con una bomba de fabricación casera, provista de un dispositivo que accionaría el encendido del motor del coche-patrulla número veintidós, y haciendo estallar la nitroglicerina, junto con la gasolina del automóvil. Eso denota premeditación, alevosía y cuantas agravantes legales quiera usted añadirle, capitán. Ciertamente, quien lo hizo es un criminal. Y mató a los dos patrulleros más estimados de Manhattan. ¿Qué explicación le da usted a eso, capitán Hawks?

El jefe de patrullas mordió su cigarro con ira, inclinó la cabeza, resoplando, como si estuviera a punto de estallar en imprecaciones y protestas. Pero no dijo nada.

No hubiera sabido qué decir.

Los funerales habían terminado.

Fue una auténtica manifestación de duelo en Manhattan. Ambos policías eran católicos, los dos de origen europeo; irlandés Dugan, y escocés Mac Coy. Se celebraron las honras en su memoria en la catedral de San Patricio.

Miles de personas acudieron a las exequias. Y no todas ellas eran de buen vivir, precisamente.

Sorprendido, el teniente de Homicidios Richard Mulligan, que se confundía entre las gentes del templo, observó los rostros de

muchos delincuentes habituales, de muchos fichados por la policía, bastantes de los cuales fueron sorprendidos en raterías y otros delitos, durante el patrullar del coche 22, conducido por Mac Coy y Dugan.

Era realmente emotivo. Pero Mulligan no quería centrar su interés en las emociones humanas, sino en la enorme colectividad que le rodeaba, con fines puramente profesionales, con afán de justicia también, para vengar la muerte de aquellos dos excelentes muchachos que fueran los patrulleros de la veintidós.

Muchos de los asistentes a las honras fúnebres habían sido ya interrogados por la policía, pero ninguno de ellos parecía capaz de poner una bomba en el coche de los agentes, y sí más bien de actuar como Santa Claus, espontáneamente, para endulzar la Navidad de ambos patrulleros. Una Navidad que estaba a la vuelta de la esquina, y que ellos ya no volverían a conocer.

La gris y fría mañana presagiaba nieve sobre Manhattan. Los boletines meteorológicos, en la televisión, tampoco desmentían esa impresión. La temperatura era realmente baja. Había frío en el ambiente. Y en los corazones.

Enid Dugan, la hermana de Clark, unos años mayor que el fallecido patrullero, estaba presidiendo el funeral, junto al capitán Hasper Hawks. Y por supuesto, al lado de la enlutada y atractiva Sarah Mac Coy, la esposa de Ben. Ambas mujeres polarizaban la atención de muchos de los presentes. Constituían una estampa emocionante y patética, pero también llena de serena dignidad ante el infortunio. Las lágrimas asomaron a sus ojos, velados por el color humo de sus sombreros, cuando el sacerdote mencionó; a los difuntos y alabó su humana conducta en el mundo.

Aquel dolor, aquel patetismo contenido, aquella tristeza, contrastaba extrañamente con las campanillas de las calles cercanas, con los escaparates sugestivos, llenos de regalos, de adornos navideños, con el rojo y blanco de los inefables Papá Noel de cada negocio, llamando a los compradores, y con las inevitables canciones de la época, difundidas por altavoces en las calles de Manhattan, llamando al amor y la paz entre los hombres, con las inefables notas de un *Jingle Bells*, *Silent Night*, *Santa Claus llega a la ciudad* o las *Blancas Navidades*, de Berlín.

Pero la vida seguía su curso, dentro o fuera de San Patricio,

aunque con diferente signo para cada persona. Y aquél no era sino uno más de los dolorosos contrastes de la existencia humana.

Los diarios, en sus primeras páginas, anunciaban aquel funeral, y exponían las noticias de última hora en torno al asesinato de los dos patrulleros.

Esas noticias no eran demasiado optimistas respecto al descubrimiento e identificación del asesino o asesinos. Nada se sabía aún. Todo eran conjeturas, pesquisas.

Y aparte de que se confirmaba la existencia de un ingenio explosivo de fabricación casera, conteniendo nitroglicerina y un ingenioso sistema de percusión para hacer actuar el poderoso explosivo, cosa que a su vez inflamaría inevitablemente el combustible del depósito del automóvil patrullero, poco más podía ponerse en claro.

Había unos cuantos sospechosos arrestados, todos ellos con antecedentes, y casi todos anteriormente sorprendidos por Mac Coy y Dugan en actos delictivos, pero eso era todo. Y ni siquiera la policía parecía demasiado convencida de que entre ellos estuviera el que buscaban.

Lentamente, y a medida que se aproximaba la Navidad, la gente empezó a comprender que, de un modo u otro, el caso iba a quedar impune. Y difícilmente se daría con la persona o personas que cometieron el doble y vergonzoso crimen.

Mientras tanto, en la Brigada Volante de Manhattan se procedía a un inevitable trámite. Un coche-patrulla había desaparecido de sus listas. Otro nuevo, con idéntico número, pasaría a ocupar el hueco que, en modo alguno, se podría llenar en el terreno humano.

Un automóvil puede reponerse. Una vida humana, no. Las vidas, los nombres de Ben Mac Coy y Clark Dugan, patrulleros del coche número 22 de la Brigada Volante de Manhattan, pasaban a la lista de honor de los caídos heroicamente en acto de servicio.

Los nombres de dos nuevos agentes pasaban a formar ahora la dotación de un nuevo coche, el de la Patrulla 22, renovada para el servicio.

Dos hombres que pertenecían a la Brigada Volante. Casi siempre, la perfecta aleación policíaca de un joven fuerte y vigoroso, y un hombre veterano, sereno y diestro en su labor.

El nombramiento recayó en dos agentes de brillante hoja de

servicios: Frank Rogers y Barry Fletcher.

—¿Por qué murieron Mac Coy y Dugan, señor?

—¿Cómo? —El capitán Hawks miró, pestañeando, al hombre alto, fornido, atlético, prematuramente canoso, que era Frank Rogers, agente veterano de la Brigada Volante. Duro y veterano policía, de cuarenta años cumplidos. Casado, hogareño y sin hijos.

—He preguntado que «por qué» murieron los patrulleros anteriores, capitán.

—¡Infiernos! ¿Y cómo quiere que yo lo sepa, Rogers? —Se enfureció Hawks, estrujando su cigarro en un cenicero de vidrio, repleto de ceniza—. Nunca supimos quiénes lo hicieron. ¿Cómo vamos a saber ahora por qué lo hicieron?

—En mi opinión, señor, se investigó el caso partiendo de una base falsa; buscar al culpable o culpables. Eso, en una ciudad con tantos millones de habitantes como Nueva York, aunque sólo se busque en los millones que pueblan Manhattan, es peor que buscar la famosa aguja en el pajar.

—¿Pretende enmendar la plana a sus superiores, Rogers? —arrugó las cejas belicosamente el malhumorado oficial de la Brigada Volante.

—Pretendo solamente saber por qué murieron mis camaradas, señor. No pretendo ir tan lejos como ustedes, buscando a quién lo hizo, sino saber por qué lo hicieron. De ese modo, inevitablemente, una vez sabido por qué, resulta mucho menos difícil saber quién.

—Espere... —murmuró Hawks con un centelleo en sus duros ojos grises, agresivos—. Empiezo a entenderle, Rogers... Sí, le entiendo, y me parece que no ha dicho ninguna tontería.

—Es muy amable conmigo, señor —manifestó Frank Rogers, frotándose su mentón, de cerrada barba, bien rasurada siempre, con lo que su fuerte mano produjo en la piel curtida, rugosa y ruda como la de un vaquero del Oeste del país, un áspero, seco roce—. Veo que me ha comprendido.

—Sí, claro que le he comprendido, agente Rogers... Usted pretende decirme que no nos hemos preocupado lo bastante por saber los motivos por los que alguien pudo desear acabar con las vidas de nuestros agentes Mac Coy y Dugan.

—Exacto, capitán. Los motivos. Es lo importante.

—Nos hemos encerrado en una idea: buscar a los responsables.

Dimos por sentado que el motivo era odio, venganza o rencor contra ellos, como policías. Y no buscamos más allá de eso.

—Es lo que me temo, señor.

—Hable, Rogers. ¿Qué sugiere usted? El error es tanto mío como del teniente Mulligan, de Homicidios, que lleva el caso.

—Mi sugerencia, señor, sería, ante todo, indagar en los últimos, en los más recientes casos, resueltos o no, pero en los que intervino la anterior Patrulla 22; ver qué sucedió en ellos, cuál fue el papel de mis dos cama —radas... Y tratar de sacar alguna conclusión, dar con algún indicio, con una pista, por pequeña que sea, que pueda conducirnos al punto clave de mi teoría: el motivo.

—Eso no es ninguna tontería, ciertamente —afirmó Hawks, rotundo—. Sí, se hará. Y creo que, puesto que la idea fue suya, Rogers, nadie mejor que usted para llevarla adelante.

—¿Qué quiso decir? —masculló Rogers, sorprendido.

—Que sin dejar de actuar en sus servicios habituales, agente Rogers, usted y su compañero Fletcher se ocupen de ir investigando los últimos asuntos llevados por la Patrulla 22. Les dejo libertad para investigarlos. Nadie mejor que la propia Patrulla 22 para saber por qué fue destruida la Patrulla 22. Es su caso. Manéjenlo con tiento... y no se fíen de nadie. Espero que lo ocurrido les sirva de aviso a ambos.

—Sí, señor —brillaban, excitados, los ojos pardos, estrechos y fríos del agente Frank Rogers, al saludar respetuoso a su superior—. Confíe en ello. Y confíe en nosotros. La Patrulla 22 tratará de hacerse justicia a sí misma.

Y salió del despacho de su jefe, resueltamente.

PRIMER CASO

¡SECUESTRO!

CAPÍTULO PRIMERO

Barry Fletcher se sentó en la barra de la cafetería. Cambió una mirada risueña con la cantinera.

—Hola, Mitzy —saludó.

—Hola, Barry —respondió ella. Le miró con cordialidad y afecto—. ¿De vuelta a este sector de Manhattan?

—De vuelta, sí —afirmó él—. Patrulla 22.

—¿Cómo? —Se sobresaltó Mitzy—. ¿Qué quieres decir? La Patrulla 22 fue...

—Aniquilada. Lo sé. —Barry asintió, mientras señalaba en la carta lo que quería para desayunar—. Café solo, tostadas con mantequilla y mermelada. Es todo, Mitzy.

—Sí, Barry. —Ella pasó la orden a la cocina. Luego se volvió a él—. ¿Qué quisiste decir con eso?

—Que la Patrulla 22 no ha muerto. Renace de sus cenizas, como el Ave Fénix.

—¿Ahora sois vosotros la nueva Patrulla 22?

—Exacto. Frank Rogers y yo.

—Entiendo, Barry. —Mitzy suspiró—. Os deseo suerte. Cada vez que pienso en el pobre Ben y en Clark... Venían siempre aquí, como vosotros...

—También lo sé. Imagino que hablarían a veces entre sí. O contigo. De asuntos de la patrulla, quiero decir —los ojos verdes de aquel policía joven, alto, atractivo y risueño, de rebeldes cabellos castaños, facciones enérgicas, siempre irónico y siempre cordial, que tanto gustaba a las mujeres, se fijaban con interés en la rubia y esbelta Mitzy, la joven de la cafetería.

—¿Por qué preguntas eso? —Se intrigó Mitzy.

—Porque estamos buscando algo; la razón por la que un canalla, o varios, pusieron ese artefacto en su coche. Queremos saber lo que sucedió y por qué sucedió. Sólo eso, Mitzy. Pensé que tú, como

amiga que fuiste siempre de ellos, podrías ayudarnos en algo.

—La verdad es que temo no ser de ninguna ayuda en esto —se quejó ella—. Ben y Clark no hablaban aquí más que de cuestiones ajenas a su trabajo, por lo general. Como podéis hacer Frank y tú, Barry.

—Sí, es lo que imaginaba —suspiró Barry Fletcher—. Pero quise, cuando menos, pulsar también esa tecla, Mitzy. Es igual, olvídalos. Buscaremos por otros lugares.

—¿Ése no es trabajo para la policía de homicidios, o incluso para los federales? —indagó la joven cantinera.

—Oficialmente, sí —afirmó Fletcher—. Pero Frank tuvo una idea. Y el jefe la encontró bien. Veremos si, durante nuestro patrullar, damos con algún indicio que nos lleve al culpable o culpables. En realidad, todo esto no deja de tener bastante lógica. Si lo que les ocurrió fue por su tarea de patrulleros, en la patrulla debe estar la clave.

—Sí, una lógica aplastante —convino Mitzy, frunciendo el ceño, con un gesto deliciosamente atractivo para su rostro ovalado, menudo, de nariz breve y respingona, de labios carnosos, ojos azulgrises, vivaces y risueños. Su figura de suaves curvas se movió, graciosa dentro de su uniforme azul eléctrico, al traer desde la ventanilla de la cocina el servicio del desayuno de Barry. Le sirvió, añadiendo—: Os deseo suerte. Por vosotros... y por ellos, Lo que les hicieron fue monstruoso. ¿Quién pudo odiarles hasta ese punto, cuando ellos eran buenos y nobles hasta con los delincuentes?

—Exacto. ¿Quién pudo ser? Ésa es la pregunta —asintió Barry Fletcher, frotándose el enérgico mentón con el dorso de su mano—. Ésa es la pregunta que deseamos respondernos todos en la Brigada, Mitzy...

E inició su desayuno, con buen apetito.

El coche-patrulla 22 se había detenido frente al bien cuidado jardín del *bungalow* de Riverside Drive, sólo unos momentos antes. Ahora, mientras Barry se quedaba en el coche, a la espera de cualquier posible llamada de emergencia por el radioteléfono, Frank Rogers hablaba, frente a la mujer vestida de gris oscuro, pálida y grave.

—No hubiera querido molestarla ahora, Sarah... —comenzó

difícilmente Rogers, dando vueltas a su gorra de uniforme, erguido ante la dama.

—No necesita justificarse, Rogers. Mi marido me habló muchas veces de usted. Eran buenos camaradas. Una vez tuvieron juntos una patrulla, ¿no es cierto? —sonrió ella tristemente.

—De eso hace ya muchos años —sonrió también Rogers, cohibido. Entornó sus ojos, pensativo—. Sí, fuimos compañeros por poco tiempo. Buenos compañeros. Ben era un gran chico. Por eso he venido. Todos queremos hacer algo porque lo sucedido se aclare, y el crimen se pague. Es lo único que podemos hacer ya, y lo que le gustaría a Ben que se hiciera.

—Sin duda, pero ¿en qué puedo yo ayudarles, Frank?

—No lo sé aún, Sarah. Estamos buscando algo, lo que sea. No podemos saber dónde está la causa de ese crimen. Solamente insistiendo confiamos en dar con algo.

—¿Existe algún indicio?

—Ninguno. Solamente se me ocurre algo; es posible que la Patrulla 22 acudiera a algún hecho especial, a algún caso que nunca se resolvió, y del que ellos tuvieran una posible pista, consciente o no.

—Sí, eso es cierto —dijo Sarah, sorprendida.

—¿Qué? —masculó Rogers, con tono excitado—. ¿Ha dicho que sabe algo sobre eso, Sarah?

—Lo que me dijo Ben. No es mucho, pero él y yo acostumbrábamos a charlar, a comentar algunos casos raros de los que se presentan siempre en una labor de patrulla... Recuerdo que la última noche comentamos sobre tres asuntos que no habían tenido solución clara todavía, y en los que Ben y Clark tuvieron importante papel, por haber intervenido justamente en un momento crucial.

—Tres casos... —Frank Rogers estudió en silencio a la dama, por unos momentos. Parecía meditar con intensidad, tensos sus nervios. Preguntó luego, tras la larga pausa—. ¿Qué casos, señora Mac Coy?

—Bueno, yo recuerdo que uno fue un secuestro extraño... Otro, se refería a un pirómano ladrón... y el tercero a uno de esos enfermos mentales, a un maníaco que provoca el terror en la gente, lanzando amenazas por teléfono, diciendo cosas horribles a las mujeres solitarias... Acaso un enfermo sexual, o cosa parecida.

—Entiendo. —Frank Rogers anotó con rapidez algo en su bloc de notas, que luego guardó en su guerrera azul oscura—. No la molesto más, Sarah. ¿No recuerda nada, ningún comentario o dato alusivo a esos tres casos?

—No, no recuerdo... —Ella se frotó las sienes, preocupada. Su frente se cubrió de hondos surcos. Tenía los ojos enrojecidos, sombras oscuras en torno, un gesto amargo en toda su faz—. El caso es que quisiera pensar, poder recordar... Algo hablamos, sí, pero fue la noche antes de morir Ben, y todo esto me ha trastornado. No logro recordar, la verdad... Posiblemente no tuvo gran trascendencia, pero... ¡Oh, Dios, si pudiera centrar mis pensamientos, mis recuerdos...!

—No, Sarah, no se esfuerce. —Frank oprimió con calor la mano de la dama, y le dirigió una sonrisa cordial—. Trate de reposar ahora, de olvidarse de todo por el momento. Será mejor así. Y perdone. Perdone por todo...

Saludó, rápido, abandonando la casa rodeada de jardines. Cruzó el sendero de gravilla, hacia el coche-patrulla número 22 de la Brigada Volante. Encontró a su compañero Barry Fletcher atendiendo el radioteléfono.

—¿Alguna novedad? —indagó, sentándose junto a Fletcher.

—Sí, una novedad —suspiró Barry, colgando el radioteléfono—. Debemos ir a Amsterdam Avenue, 876. Parece ser que un niño secuestrado, Dick Barrington, ha sido devuelto a sus padres hace unos momentos.

—¿Secuestrado? —Rogers pegó un leve respingo, clavando sus ojos en su compañero de patrulla.

—Sí. Se ocuparon de ese asunto Ben y Clark, cuando el niño desapareció... Pero ahora, al ser devuelto el niño, hay problemas. —Barry puso el coche en marcha sin esperar a más, y haciendo sonar su sirena, lanzado a toda velocidad, en busca de West End Avenue, hacia Central Park, a cuya altura quedaba el bloque de edificios correspondiente a aquel número.

—¿Problemas? Supongo que con la devolución del niño, éstos se habrán terminado...

—Parece que no hicieron sino empezar.

—No lo entiendo, Barry...

—Te lo diré, Frank; el niño está grave. Muy grave —el coche,

ululante, se abría paso con rapidez, entre la maraña del tráfico neoyorquino, a toda velocidad—. Ya hay una ambulancia en camino también.

—¿Qué le ocurre? ¿Malos tratos acaso? —Encajó Rogers sus recias mandíbulas de hombre de campo, rudo y áspero.

—Peor que eso —murmuró Barry—. Envenenamiento.

—Envenenamiento...

—Sí —afirmó el doctor Kingsby, de la Policía—. Envenenado con alimentos en malas condiciones, según parece.

—¿Esperanzas, doctor?

—No muchas. El pequeño es fuerte, pero está desnutrido, mal cuidado... —El médico del Departamento Central sacudió la cabeza, con aire pesimista—. Confío solamente en que le sea posible salir de la gravedad actual. Si es así, espero que todo vaya bien, y su naturaleza reaccione favorablemente.

—Doctor, ¿qué supone usted? ¿Fue envenenado intencionadamente, o todo pudo ser accidental? —Era Barry Fletcher quién hacía la pregunta, en tanto Rogers examinaba unas ropas, aquéllas en que el pequeño había venido envuelto, para combatir el fuerte frío reinante en la mañana de aquel veintiuno de diciembre.

—Yo diría que pudo ser accidental. Pero que en realidad trataron de devolverle vivo, aunque con escasas horas de vida por delante —dijo sorprendentemente el médico.

—¿Está seguro? —se sorprendió a su vez Fletcher, enarcando las cejas.

—Seguro no se puede estar de nada en estos casos —suspiró el médico—. Sólo hablo por deducción. De mi examen inicial he sacado esas conclusiones, a la vista del hecho de que reaccionó a los vomitivos administrados. Eso indica que los alimentos en malas condiciones fueron ingeridos hace poco tiempo. En realidad, puede que una hora antes de devolverlo a la familia. Y que esas «malas condiciones» pudieron ser artificialmente provocadas, intoxicando los alimentos con algún producto químico. Del examen en el laboratorio de cuánto expulse el niño, así como de su análisis sanguíneo, sacaremos más claras conclusiones, agente Fletcher.

—Gracias por todo, doctor. —Barry se volvió, tropezándose con el sereno pero pálido Harry Barrington, el padre del niño devuelto.

Se disculpó—: Perdone, señor Barrington...

—Oh, no se preocupe de nada —masculló el hombre—. Es mi hijo quien cuenta ahora. ¿Saben algo nuevo?

—Nada, señor Barrington. El hospital dará un parte médico dentro de un par de horas. Hasta entonces no podremos decirle nada, porque nada sabremos. Pero sí le aseguro que en tanto no haya nuevas noticias, ése será el mejor indicio, porque significará que los médicos siguen luchando, y que todo va favorablemente para su hijo, señor Barrington.

—Gracias, agente —musitó el hombre, estrujándose las manos con nerviosismo—. Muchas gracias...

Se alejaba ya. Fletcher, súbitamente, apoyó una mano en su brazo reteniéndole.

—Un momento, por favor —pidió—. ¿Le importaría responderme a unas preguntas, señor Barrington?

—¿Sobre Dick? —dudó él, volviéndose y fijando en el policía su mirada.

—Sí —el joven Fletcher se irguió, sereno—. Sobre él. Y sobre su secuestro, claro está.

—Importarme, sí me importa. No me gusta hablar del tema. Estoy harto de todo esto. Pero gustosamente le atenderé, si no va a ser demasiado larga la charla.

—No, por Dios —rechazó Barry—. Le aseguro que seré breve. Muy breve, señor Barrington. Me hago perfecto cargo de que está deseando permanecer en paz. Pero es por el bien suyo y del niño por lo que deseo hacerle esas preguntas, créame.

—Le creo —señaló hacia una puerta de madera, recia y suntuosa—. Pase, por favor.

Fletcher pasó. Le siguió su anfitrión, el rico y prestigioso industrial Harry Barrington, de la «Barrington, Smithers and Co», dedicados a la manufactura de juegos electrónicos.

La estancia era una biblioteca de muelle moqueta color granate, muros repletos de libros, muebles de caoba y hogar clásico. Ambiente confortable y acogedor. También lo eran las profundas, amplias butacas de tapizado de piel.

—Estoy dispuesto, agente —habló Barrington—. ¿Brandy, *whisky*, ginebra, un combinado...?

—No, gracias —rechazó Barry—. No bebo nunca, estando de

servicio. Señor Barrington, ¿en qué forma le devolvieron a su hijo? Quiero decir, ¿cómo tuvo noticia de su regreso?

—Hubo una llamada telefónica a casa —explicó Harry Barrington—. Me avisaron de que en menos de treinta minutos tendría a Dick conmigo. No lo podía creer.

—¿Pagó rescate?

—No del todo. Me pidieron dos partes, cada una de veinte mil dólares. Pagué la primera. Quedaron en avisarme para entregar la segunda. Eso sucedía la pasada semana. Sus compañeros estuvieron entonces aquí, cuando el pequeño desapareció, y creímos que era un simple extravío. Luego, con la llamada telefónica de los secuestradores ya intervino la Metropolitana, incluso el FBI... Pero no lograron nada. Yo pagué la parte. Me avisaron, con un mensaje impreso en la columna de anuncios del *Tribune*, de que esperase a recibir instrucciones para pagar el segundo plazo y recibir entonces al niño. La cantidad siempre debía depositarla en billetes de cinco dólares. Ni más ni menos cuantía.

—Depositarla, ¿dónde?

—Eso ya me lo preguntaron entonces la Metropolitana y el FBI, pero yo no respondí. Era otro momento. Ahora ya no importa eso —resopló, meneando su canosa cabeza—. Dejé el dinero dentro de una bolsa de desperdicios, en una papelería de Central Park, justamente la octava, a partir de la entrada de Columbus Circle, subiendo por West Drive.

—Entiendo. ¿No esperó a ver quién podía recogerla, no envió a nadie, privado u oficial?

—Por supuesto que no. Hubiera arriesgado la vida de Dick.

—Bien. Continúe, por favor.

—Tomé mis precauciones para no ser seguido por nadie. Y lo logré. Ahora, cuando preparaba ya el dinero para la segunda paga a los raptos, esperando sus instrucciones, llegó la inesperada llamada. Y me avisaron de que sus planes cambiaban, y me devolvían a Dick. Fue todo, agente.

—¿No le sorprendió?

—Mucho. Pero la alegría me impidió reflexionar ni ver nada más.

—¿Tampoco temió que fuese una broma de mal gusto por parte de alguien?

—No, no, en absoluto. Reconocí la voz y... —Se detuvo, como si hubiera dicho demasiado, y se dio cuenta tarde de ello.

—Vaya —dijo Fletcher, apacible—. Reconoció la voz. Por teléfono. ¿Qué voz, señor Barrington?

—La del comunicante —dijo él de mala gana—. Era la misma de la primera vez.

—¿Sin duda alguna?

—Sin duda alguna, sí.

—Y... ¿cómo era esa voz?

—Bueno, una voz disfrazada. Extraña. Como siempre se ponen las voces en estos casos.

—Sí, eso lo entiendo. Pero ¿en qué forma explicaría usted ese disfraz, su tono y todos los demás detalles?

—Yo... Yo diría que era una voz con falsete. Además, filtrada por algún paño, trapo o cosa así, puesto junto al micrófono. Su inglés era bueno. Muy bueno, diría yo.

—Bueno... ¿en qué sentido exactamente?

—Digamos que era... académico. Muy correcto. De alguien con cultura. Casi aseguraría que no era de un americano, al menos no de un americano de la calle, sino de alguien con estudios, con un lenguaje muy cuidado.

—Vaya, eso no es tan corriente... —Fletcher apuntó unos datos en su bloc. Luego contempló seriamente a Barrington—. ¿La voz era de hombre o de mujer?

—Eso sería difícil decirlo —manifestó secamente el industrial—. Yo, al menos, no podría jurarlo. Un falsete y un disimulo hábil pueden engañar a cualquiera. Tanto puede hacerlo una mujer, imitando a un hombre, como viceversa. ¿No le parece, agente?

—Sí, me parece que sí. De todos modos, gracias por la orientación —hizo un gesto al cambiar de tema—. En cuanto al pequeño Dick..., ¿cómo apareció en la casa?

—Ada Hawthorn lo encontró.

—¿Ada Hawthorn? ¿Quién es ella?

—La nurse. Cuidaba del pequeño Dick. Siempre ha cuidado de él. Es la que más lloró en esta larga semana de angustia familiar, puede creerlo.

—Ada, la nurse... Ya veo. ¿La señorita Hawthorn estaba con Dick cuando él desapareció?

—Pues... en cierto modo, sí. Ella le esperaba a la salida del colegio. Como cada día. Las vacaciones navideñas estaban cercanas. Dick salió del colegio, le hizo un gesto alegre con la mano y le gritó que iba al jardín, a recoger algo que tenían que entregarle. Ada esperó en la acera, frente al edificio de la escuela. Los jardines están inmediatos, y en realidad forman parte del propio colegio. Dick entró entre los setos, a la carrera. No salió de allí. Cuando Ada, tras una larga espera, se impacientó, entrando por él, no halló rastro suyo. Preocupada, preguntó a un policía, a unos niños, a un profesor. Primero pensaron en una travesura, en un extravío incluso. Y así seguimos pensando... hasta llegar la llamada.

—¿Ada no vio salir algún coche, a alguien que pudiera tener parte en el rapto?

—No es fácil que pudiera verlo. El jardín tiene varias salidas. Pudieron llevarlo por cualquier otra parte, sin ella enterarse siquiera.

—Bien, señor Barrington, ¿y cómo encontró Ada Hawthorn al pequeño Dick?

—En el jardín posterior de esta casa. Oyó detenerse un coche, y luego arrancar velozmente. Después, la voz del pequeño entre los arbustos. Corrió a recogerle. Y dio con él. Estaba extenuado, tambaleante, febril. Se desvaneció apenas le recogió ella...

—¿Usted y su esposa no oyeron ese coche, ni los llantos y voces del pequeño?

—No, señor agente —dijo una fría voz femenina, muy suave y educada, en un inglés suavísimo, sin acento peculiar americano—. No oímos nada. Estábamos esperando en el lado opuesto de la casa. No podíamos saber por dónde llegaría Dick, con sus raptos.

Barry Fletcher se incorporó, mirando a la puerta de entrada de la biblioteca. Una dama de cabellos rubio ceniza, rostro de suaves rasgos, ojos celestes, aspecto aristocrático y una juventud madura que, ciertamente, contrastaba bastante con la madurez total de Barrington.

—Es mi esposa, Lucy Barrington —explicó el industrial.

—Es un placer, señora —habló, respetuoso, Fletcher. Y tras inclinarse, cortés, señaló—: imagino que no es usted americana, señora, sino europea, posiblemente inglesa...

—Acertó, agente —ella le miró entre sorprendida e incisiva—.

¿Cómo lo supo?

—Su inglés, señora Barrington —clavó Fletcher sus ojos, significativos, en Harry Barrington, al añadir, como al descuido—: es correctísimo, gramatical..., muy británico.

Harry Barrington enarcó las cejas, perplejo. Su ojeada súbita a su esposa Lucy, que al menos era diez o doce años menor que él, tuvo cierto aire de sospecha, de incertidumbre y recelo.

—Cierto, agente —dijo Barrington—. Me casé en Londres, en segundas nupcias hace sólo cuatro años. Enviudé de mi primera esposa, la madre de Dick...

Fletcher no dijo nada. Pero pensó muchas cosas.

CAPÍTULO II

—¿En qué estás pensando, Barry?

Fletcher sacudió la cabeza, en tanto conducía ahora su compañero Frank Rogers. La mañana nubosa llegaba al mediodía. Empezaban a caer copos de nieve, tenues y ligeros. El ambiente de las calles neoyorquinas era ya puramente navideño, a sólo tres fechas de la Nochebuena.

—En muchas cosas —dijo seriamente—. Sobre todo, en la segunda señora Barrington.

—Sí, ya me hablaste antes de eso. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Nada. Pero Barrington habló de una voz culta, educada, que no parecía de un ciudadano vulgar, que igual podía ser de hombre que de mujer. La señora Barrington es inglesa, educada, y tiene una voz correcta y un inglés sin tacha. Responde a tal descripción.

—Pero es la esposa de Barrington, la madrastra de Dick...

—Hace sólo cuatro años de eso. Dick tiene nueve. No sabemos si quiere al niño o solamente lo finge. Recuerda que si ese niño desapareciese, ella sería en el futuro la única heredera de una fortuna considerable.

—Visto así, resulta espantoso, Barry.

—También fue espantoso que alguien pusiera una bomba de nitroglicerina en el coche de la Patrulla 22, Frank.

—Cierto... —Rogers frunció el ceño, mientras viraba a la altura de Broadway, para descender por el tráfico impresionante de Times Square y la Séptima—. Pero no hay indicio alguno...

—No, no lo hay. Incluso sería posible que ella fuera inocente —dijo Fletcher, mirando distraído a los escaparates llenos de obsequios con cintas de colores y brillante papel de envolver, a los Papá Noel que agitaban sus campanillas a las entradas de los grandes almacenes, o a los luminosos con frases de felicitación, guirnaldas de muérdago y perfiles de abetos que, pese a ser

mediodía, ya lucían con claridad eléctrica, en la turbia penumbra del día nuboso, frío y desapacible.

—¿Inocente? —masculló Rogers, malhumorado—. ¿En qué quedamos, Barry?

—Solamente en esto; pudo ser ella culpable. O alguien puede pretender que pensemos tal cosa.

—¿Por ejemplo...?

—Por ejemplo, Ada Hawthorn, la nurse.

—Hablé con ella —meditó en voz alta Rogers—. Una chica de escaso nivel intelectual y educativo. Incapaz de semejante astucia, diría yo. Y, desde luego, por completo imposible que pueda fingir una voz educada y culta, de correcto inglés.

—Ella, sí. Pero puede haber alguien más.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Un hombre. Un novio, un amigo. He averiguado que es soltera. Es pelirroja, joven, bastante atractiva. Y sobre todo, con unas curvas a lo Rachel Welsh —rió Fletcher, sacando una fotografía en bikini, donde se descubría a una joven y exuberante dama, fotografiada en color, con rojos cabellos, dos piezas de bañador inverosímilmente pequeñas, sobre todo para semejante volumen de senos y de caderas. Largas piernas y muslos macizos, bronceados por el sol, completaban aquella lejana visión femenina en una playa de Coney Island. Fletcher rió, guiñando un ojo, irónico, para agitar la fotografía en color Kodak, ante los ojos pensativos de su compañero de patrulla. Añadió, tajante—: Obtuve esto de sus pertenencias, cuando visité su alcoba. Es del último verano, mira la fecha.

—Eso no es correcto. ¿O sí? —Gruñó Rogers, frunciendo el ceño.

—Claro que no lo es —se mofó sarcástico su compañero—. Pero puede servirnos.

—¿Para qué?

—Pediremos datos a la Metropolitana. O al FBI. A lo mejor saben algo de ella. También indagaré en su lugar de origen. Y en su barrio de residencia. Tengo sus datos. Ella vivió siempre en Greenwich Village, antes de emplearla los Barrington.

—No es una zona muy recomendable.

—No, no lo es. Pero tampoco es tan mala como dicen. Un barrio bohemio, de artistas. Y esa chica, Ada Hawthorn, tiene tipo para

servir de modelo de artistas, al menos para cierta clase de pinturas o de fotografías... También puede ser la amiguita de algún artista ambicioso y nada tonto, que piense en sacar dinero de su actual empleo en casa de los Barrington. En fin, caben muchas posibilidades. Debemos investigarlas. Quien sea, se ha asustado de repente y ha devuelto al niño, aunque acaso tan grave que llegue a morir.

—Asustado... ¿por qué? —indagó Rogers.

—Tal vez por la muerte de nuestros amigos. Y por sus posibles consecuencias...

—Sí, tal vez... —convino gravemente el veterano patrullero—. Tal vez...

No dijo más. El coche-patrulla siguió adelante por Manhattan. La Navidad estaba cerca. La gente llenaba las calles, especialmente de compras. Pero ellos no pensaban en la Navidad, sino en dos hombres con su mismo uniforme. Dos hombres que habían muerto violentamente, asesinados por alguien. Alguien que podía ser, también, el autor del rapto de un niño llamado Dick Barrington, actualmente en estado muy grave, en una clínica privada de Manhattan...

Muy grave... o acaso muerto.

—Muerto...

—Sí. No fue posible hacer nada. El pequeño había sufrido una intoxicación demasiado grave. Y estaba falto de energías, de reservas, de defensas naturales. Murió, pese a todos los esfuerzos médicos.

Fletcher y Rogers contemplaron atónitos al médico cirujano que actuara, desesperadamente, para salvar la vida del pequeño, en sus últimos momentos, con masajes cardíacos y toda clase de estimulantes y antídotos. Estérilmente, por desgracia.

—Muerto... Un niño de nueve años... —musitó Rogers, muy pálido, con ojos tan brillantes como dos puntas de frío acero.

—Así son las cosas, agente —asintió el médico—. Aunque hubiera sido mayor, no hubiese sido posible hacer nada.

—¿Qué clase de tóxico pudieron utilizar para eso? ¿Con qué contaminarían los alimentos que le hicieron ingerir? —quiso saber ahora Barry Fletcher, sombrío.

El médico se volvió a él. Habló con gravedad.

—Hasta hacer la autopsia, resulta difícil asegurar nada. Pero me temo que, aparte la condición de los propios alimentos, posiblemente en estado de descomposición..., le hicieron ingerir un veneno, un tóxico, mezclado con esos alimentos...

Los dos patrulleros se miraron entre sí. No hicieron comentario alguno. Se encaminaron a la salida del hospital. La tarde caía afuera. Ya no había nada que hacer en favor del pequeño. El pobre Dick Barrington era sólo un cadáver. Un cadáver pequeño, patético, con el que se cruzaron, envuelto en una sábana, sobre una camilla que iba desde el pabellón de cirugía de urgencia, en dirección al depósito de cadáveres de la clínica...

Rogers tragó saliva. Fletcher apretó los puños con fría ira. No podían hacer nada. Como en el caso de la muerte trágica de Ben Mac Coy y Clark Dugan. Pero acaso ésta era otra muerte a cargar sobre la conciencia de la misma persona.

Al menos, entraba en lo posible. Muy en lo posible. Y ellos nada podían hacer. Ni en uno ni en otro caso. No aún. Pero no perdían sus esperanzas de enviar a alguien a la silla eléctrica.

Se llamaba Amos. Amos Denver.

Aquel pequeño gimnasio era suyo. Estaba en Bleeker Street, en los límites de Greenwich Village. El nombre del local era pintoresco:

«ART AND *SPORT*
-DENVER'S»

Justamente al lado del gimnasio, estaba el pequeño apartamento de su dueño. Pequeño y no demasiado limpio ni cuidado. Amos Denver era un hombre fuerte, atlético. De cuerpo musculoso, aunque no muy alto ni arrogante. De no más de treinta y cinco años, pero algo envejecido prematuramente.

Iba en camiseta, a pesar de ser el día veintidós de diciembre, y hacer en la calle una temperatura glacial. Los copos de nieve caían con fuerza sobre Manhattan, y el cielo tenía color de plomo. Quizá tenía calor realmente, a pesar de que el apartamento carecía de calefacción, salvo la de un radiador eléctrico no muy intensa. Pero así, el tipo exhibía su musculatura con ostensible orgullo.

—¿Qué es lo que quieren, patrulleros? —indagó, sorprendido, clavando sus ojos en ellos—. Creo que mi coche está estacionado en

sitio correcto, y no hay por qué...

—No se trata de eso, Denver —cortó Frank Rogers secamente—. Vinimos a verle por algo diferente.

—Pues no lo entiendo. Mi gimnasio es un lugar decente, yo no tengo ninguna citación policial y...

—Déjenos hablar a nosotros —terció ahora con acritud Fletcher—. Venimos por esto.

Puso ante las narices de Amos Denver, inesperadamente, la fotografía en color de Ada Hawthorn, con su minúsculo bikini. El pestañeó, mirando la fotografía. Dio un paso atrás, apretó los labios, y eso fue todo.

—Oh, eso... —Enarcó las cejas—. ¿Se ha metido ella en líos acaso?

—No lo sabemos. Podría ser que sí. —Rogers no desviaba de él sus ojos—. Denver, sabemos que tuvieron relaciones ambos. Fue su amiguita, ¿no?

—Fue mi novia —atajó con frialdad—. ¿A qué viene eso ahora?

—Tal vez sigan teniendo relaciones.

—Hace un año que no la veo —ponderó la fotografía—. Está muy atractiva ahora.

—Su gimnasio tiene solamente un año de existencia. Lo alquiló a un pobre diablo, y se quedó usted con él, Denver.

—¿Y qué? ¿Eso es un delito? —desafió el hombre.

—Déjeme continuar. Hace una semana lo compró. Ahora es suyo.

—Han investigado todo eso muy bien —les miró, furioso—. ¿No se están saliendo de sus atribuciones, patrulleros? Éste es un asunto para la policía del Departamento, no para ustedes. No me gustan los interrogatorios. Y menos, sin tener razón de ser. Si Ada se ha metido en líos, allá ella. Ya no tenemos nada que ver el uno con el otro.

—¿Seguro? —objetó Fletcher—. Usted pagó una buena suma por ese gimnasio; ocho mil quinientos dólares, Denver.

—Pagué lo que me dio la gana. Era mi dinero.

—Su dinero... —Rogers se detuvo junto a él, tras dar unos pasos. Le puso bruscamente un dedo firme, rígido, sobre el tórax musculoso—. ¿De dónde le llegó tanto dinero de repente, Denver? Debía usted tres meses de alquiler del gimnasio, cuatro de este

apartamento... Iban a echarle de ambos lados. Y, de repente, paga ocho mil quinientos por algo y se pone al día. ¿Se anticipó Papá Noel a las fiestas?

—Mi dinero es asunto mío.

—Y nuestro, Denver —atajó belicosamente Barry Fletcher, acosándole—. Un niño fue raptado en casa de los Barrington, donde su examante, Ada Hawthorn, actúa de nurse. Ese niño ha muerto por malos tratos e ingestión de alimentos corrompidos. Sus padres pagaron por él la primera parte del rescate, que debía ser pagado en dos veces. Exactamente veinte mil dólares. Hemos comprobado su cuenta corriente. Tiene en ella casi siete mil dólares, más ocho mil quinientos del gimnasio, los atrasos en su apartamento, las reformas en el negocio y sus gastos, últimamente más ostentosos... Pongamos que debió recibir algo así, llovido del cielo. Algo que su negocio no le proporcionó; unos veinte mil, aproximadamente.

—¡Ustedes están locos! —aulló Denver, palideciendo—. Un rapto... ¡Cielos, qué locura! No pueden acusarme de una cosa así. No tienen derecho. No hay pruebas contra mí, no sé nada de Ada ni de los Barrington, y menos de ese pobre chico...

—Denver, antes de tener este gimnasio..., usted y Ada eran artistas —dijo Fletcher—. De teatro, exactamente. Iban actuando por los pueblos, con un teatrillo de *vaudeville*...

—¡Eso no es ningún delito! —protestó Denver—. Yo sé cantar y bailar, hago ejercicios físicos, acrobacias... Ella era tan atractiva, sabía hacer sus *strips* tan bien... Se podía ganar algún dinero, pero eso es legal...

—Denver, alguien fingió una extraña voz que podía ser de hombre o de mujer, y pudo imitar una entonación muy británica, muy correcta, para disimular su condición vulgar. Usted habla un feo inglés callejero, pero tengo entendido que hacían un número fingiendo ser dos aristócratas en la cuerda floja, Denver, dentro de aquel *vaudeville*.

—Ustedes han hurgado mucho en mis asuntos, patrulleros —se irritó Denver—. Es más; me están injuriando, acusándome de cosas horribles. No lo tolero más. No tienen el menor derecho a acosarme. Su labor es patrullar por las calles, acudir a llamadas, no meterse en la vida privada de los ciudadanos honrados.

—¿Honrados? ¿De dónde sacaría un hombre honrado veinte mil

dólares, de la noche a la mañana? —replicó acremente Rogers.

—Los gané a las carreras. Jugando —masculló Denver—. Eso será ilegal, pero por jugar, no pueden encarcelarme. Por correr apuestas, sí. Y eso, nunca lo hice yo. Simplemente, gané eso con una apuesta. Trate de probarme otra cosa, patrullero. Si es que puede. Ahora mismo voy a llamar a la policía para denunciar su comportamiento. Espero que les echen de la Brigada en menos de veinticuatro horas, entrometidos.

—Muy bien. Llame —suspiró Fletcher, con irónica sonrisa—. Nosotros vamos a arrestar a Ada Hawthorn como posible cómplice del rapto del pequeño Barrington. O como autora directa del hecho. Esperamos que ella hable, antes de verse con la sogá al cuello. Recuerde que es un doble delito; rapto y asesinato. Su autor irá a la silla eléctrica.

Los dos patrulleros se dirigieron a la salida del apartamento en Greenwich Village. Denver, ya junto al teléfono, se detuvo con la mano sobre el aparato.

—Esperen —jadeó—. Si arrestan a Ada..., ella me acusará de algunas cosas que hice cuando éramos artistas de *vaudeville*... Pequeños hurtos, delitos de poca monta... Hablará, si se ve acusada seriamente. Pero les juro que si ha intervenido ella en el rapto, no ha sido en modo alguno con mi complicidad. Les repito que gané dinero en las apuestas de carreras de caballos... Justamente diecisiete mil seiscientos dólares... Pregunten. Todo Greenwich Village lo sabe...

—Eso no servirá de mucho. Ellos sabrán lo que usted dijo —rió entre dientes Fletcher—. Pero pudo mentir a todo el mundo. No va a darnos el nombre del corredor de apuestas, para confirmar su coartada.

—Cielos, claro que no —musitó Denver, muy pálido—. Eso sería condenarme a muerte. La Mafia no me perdonaría jamás... Ellos llevan ese negocio, y se comportan honradamente con los que apostamos, mientras aceptemos las reglas del juego, ustedes lo saben...

—Sí, nosotros lo sabemos. —Fletcher apretó un poco más las clavijas—. Pero también sabemos que un niño yace en la Morgue por culpa de un rapto cobarde. Ada Hawthorn es la principal sospechosa. Y usted con ella. Veremos lo que la nurse, exactriz y

exstrip-teaser, nos dice sobre el asunto.

—Les repito que ya nada tengo que ver con ella. Terminamos. Si tiene algún cómplice, será su amante actual, patrulleros —rezongó de mala gana Denver, dejando el teléfono.

—¿Quién? —se interesó Frank Rogers.

—Miller. Charlie Miller. Ése puede ser su hombre —suspiró Denver, con ira.

Los patrulleros se miraron. Abandonaron el apartamento. Denver no tocó el teléfono.

CAPÍTULO III

—Charlie... Charlie Miller. ¿Es cierto o no?

—Sí... —La hermosa, joven y pelirroja nurse se movió inquieta. Sus ojos claros brillaban excitados, tras las gafas de montura plateada, muy estilizadas, que le daban cierto aire grave y reposado. Vestía con sobriedad, y nadie hubiera dicho que fuese capaz de llevar un bikini como el de la fotografía, o desnudarse ante un público estridente de *vaudeville*, sólo un par de años antes—. Es cierto...

Se quedó callada. Barry Fletcher la estudió, pensativo. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que las gafas y la elegante discreción en el vestir formaban parte del papel de nurse de casa honorable. Eran casi un disfraz. La verdadera Ada Hawthorn era muy diferente.

—Hemos hecho averiguaciones sobre algunos Charlie Miller. Uno de ellos resultó relacionado con los negocios teatrales —explicó Fletcher, seco—. Fue actor. Es un hombre de unos cuarenta años. Tiene algún dinero, y un negocio de representaciones artísticas. Dicen que es muy guapo, muy atractivo para las damas. ¿Es cierto?

—Sí —suspiró ella—. Es atractivo. Pero eso no cuenta. Vamos a casarnos. Es un noviazgo serio.

—¿De veras? —La ironía, el sarcasmo, brillaron en los ojos de Barry Fletcher.

—¡Es verdad! —protestó ella vivamente, incorporándose. Fue hasta Fletcher y le miró con ira—. ¿Es que no van a creerme? ¿Pretenden ustedes acusarme de algo?

—Serénese, señorita Hawthorn —sonrió Barry, sin desviar su mirada de ella. Luego escudriñó el jardín de la residencia de los Barrington, en su parte posterior. Y dijo como al azar—: Fue allá donde escuchó usted al niño, ¿verdad? Me refiero cuando lo devolvieron...

—Sí, sí... —La voz se estranguló en la garganta de la joven, súbitamente. Miró a los arbustos nevados, a los senderos blancos, entre blancas formas de setos y bancos. Un cobertizo aparecía al fondo, con su tejado también festoneado de nieve—. Ahí fue... Tenía la ventana abierta. Estaba asomada, impaciente. El señor Barrington había dicho que devolverían al pequeño. Era tan hermoso imaginarlo así... ¡Dios mío, y nos lo devolvieron envenenado, casi muerto ya...!

Cubrió el rostro con ambas manos. Sollozaba realmente. Pero había sido actriz. Fletcher no olvidó ese detalle mientras la contemplaba. Fue hacia ella. Puso una mano en su hombro, suavemente.

—Cálmese —trató de humanizarse un poco, aunque sin dejar de estudiar cautamente a la pelirroja nurse—. No quiero atormentarla. Pero debemos averiguarlo todo. Absolutamente todo, señorita Hawthorn...

Ella estalló en llanto. Y se apoyó en el pecho uniformado de azul del patrullero Fletcher. Éste sintió contra sí las turgencias agresivas de la joven, la cálida proximidad de su cuerpo estremecido por el llanto. Era una dura prueba para un hombre, tener tan fuertemente apretada contra su cuerpo a una mujer como Ada. Pero Fletcher estaba avezado a todo, aunque su debilidad fuesen las mujeres bonitas.

—Es realmente horrible todo esto... —gemía ella—. Sé que sospechan de mí... Siempre han sospechado. La policía, la señora Barrington... Todos, agente. Lo veía en sus ojos. Han averiguado mi pasado, saben que mentí en mis referencias, que he sido artista, que he vivido en un ambiente poco serio... Pero le juro que soy inocente de este horror, ¿me oye? ¡No hubiera podido permitir que nadie hiciera daño al pequeño, se lo juro!

—La creo —dijo Fletcher de repente—. No sé por qué..., pero la creo.

—¿De veras? —Ella alzó de súbito su rostro húmedo de llanto hacia él—. No, no está diciendo la verdad. Usted sospecha de mí, como todos... Por eso vino a interrogarme...

—Sospechaba de usted. Por eso vine a verla, sí —afirmó Fletcher—. Pero usted ha mencionado lo único sensato y humano de cuánto dijeron todos; no hubiera podido permitir que hicieran daño al

pequeño... Eso creo que es lo más auténtico que usted dijo. O es una gran actriz, o me dijo lo que sentía, Ada. Quiero creer que es así. Pero entonces, no me deja muchas alternativas...

—Se lo juro. Nunca hice daño a Dick. Le adoraba. Era un niño encantador.

—¿El la quería a usted?

—Mucho —asintió ella—. Decía... Decía que hubiera querido que yo fuese su segunda madre, y no la señora Barrington.

—¿Eso dijo? —Enarcó Barry las cejas, perplejo.

—Sí... —Ada rió suave, algo nerviosamente, entre dientes. Secó sus lágrimas—. Es que... ¿sabe usted? Yo nunca he sido demasiado decente en ese terreno y... Bueno, el señor Barrington es hombre que sabe conocer a la gente. Me cortejó, yo consideré que podía siempre obtener algo de él... y cedí a veces. El pequeño me vio un día en brazos de su padre, en la biblioteca. Primero se llevó una decepción, creo yo. Al final, reaccionó a favor mío. Y me dijo que yo hubiera sido una madre muy guapa y cariñosa para él... ¡Pobre criatura!

El llanto volvía a fluir. Fletcher martilleó en un determinado punto:

—¿La señora Barrington no trataba bien al niño?

—No se puede decir que le tratase mal. Es fría, seca. Muy... Muy inglesa, dice su marido. Posiblemente estimase al pequeño Dick, pero nunca se propasó en demostrarlo.

—Entiendo. —Fletcher la miró fijamente—. Gracias, Ada Hawthorn. Por el momento, es todo lo que tengo que hablar con usted. Es posible que volvamos a vemos.

—Cuando quiera, agente —musitó ella— que no se había despegado aún de su uniforme. —Usted también es atractivo. Y me gustan los hombres como usted.

Se empinó inesperadamente, besando sus labios. Luego se apartó, con una sonrisa insinuante. Fletcher no dijo nada. Abandonó la estancia, preguntándose si Ada Hawthorn era la frívola que todos conocían, o la mujer humana y sensible que había surgido poco antes.

Era una seria duda, pensó Fletcher, mientras bajaba a reunirse con Rogers, que inmediatamente después tenía la misión de acudir a ver a Charlie Miller.

Pero una llamada de urgencia a unos grandes almacenes, donde un chiflado quería arrojar a la calle desde el octavo piso, les interrumpió sus pesquisas. La Patrulla 22 acudió, como siempre, a la llamada de emergencia, como era su deber.

La otra misión, la de buscar a los asesinos de Ben Mac Coy y Clark Dugan, solamente podían realizarla en sus ratos libres, aunque siempre sujetos a cualquier llamada, a cualquier aviso urgente, desde un punto cualquiera del área de Manhattan a ellos asignada.

—No, agente —negó Charlie Miller, sin separarse de los bastidores del escenario del Music Box Theatre, siguiendo con la cabeza y un pie la musiquilla del número musical que estaba actuando—. No sé nada de nada sobre ese rapto, salvo lo que me contó Ada, mi prometida, la semana pasada. Y lo que he leído en los diarios, claro.

—Pero sí podrá hablarme de su prometida —replicó Mark Rogers, junto a él.

—¿Ada? Ella es una gran chica —desvió sus ojos de las coristas que evolucionaban en el escenario, para contemplar, ceñudo, al patrullero Rogers—. No sospecharán nada feo de ella, ¿verdad?

—Sospechamos de todas las personas relacionadas con el caso —opuso Rogers—. Es lo habitual en estos casos.

—Ya. ¿Y es habitual que un patrullero investigue un asunto de secuestro?

—No, no lo es —rió entre dientes Rogers—. Es una circunstancia muy especial. Llevaría tiempo contársela. Pero estamos autorizados para hacer ciertas preguntas a los implicados.

—Yo no estoy implicado en nada —dijo secamente aquel hombre alto, mayor que Denver, pero aparentando menos años, esbelto, bien vestido, impecablemente peinado su oscuro cabello y con rostro de amable sonrisa habitual—. Ada es mi novia, y ella actúa de nurse ahora. Por vez primera tiene un trabajo decente, y eso porque dejó a ese cerdo de Denver. Eso es todo. A él le va mejor eso del gimnasio, el juego, los masajes a las damas ricas y demás. A Ada le hace falta un hombre que la haga rectificar y vivir decentemente. Ése soy yo.

—¿De veras van a casarse ustedes dos?

—Sí. Vamos a casarnos —admitió él, cortés y frío a la vez—. ¿Le

sorprende?

—No, nada —suspiró Rogers. Contempló el número musical y refunfuñó de mala gana—: Creo que es todo lo que podemos hablar usted y yo.

—Desde luego. Creo que es todo —convino Miller, dando la charla por concluida.

Frank Rogers regresó al coche-patrulla. Explicó a Barry su charla con Miller. Hubo una nueva llamada ahora. Venía de Stuyvesant Town, la barriada entre la Calle Catorce y la New York Infirmary for Women and Children. Treinta y cinco grupos de rascacielos, con casi veinticinco mil personas habitándolo. Eso era Stuyvesant Town.

Hacia allí se dirigieron. El radioteléfono había hablado de un incendio repentino, en un taller de trabajos plásticos. Al parecer, había una víctima dentro.

Alcanzaron la zona en veloz carrera por Manhattan. Los bomberos ya estaban acudiendo al sector, con el ulular desagradable y agudo de sus sirenas. Ellos acordonaron una parte de la calle donde se había producido el siniestro.

—Es el pirómano, seguro —dijo alguien, cerca de ellos—. Se trata sin duda del Murciélagu...

Se miraron entre sí Barry Fletcher y Frank Rogers. Tuvieron una misma idea.

—¿Por qué dice eso? —preguntaron al que hablaba—. ¿Ha habido algún robo?

—No sé —dijo el hombre—. Pero oí comentarios de que la puerta del taller estaba violentada... Mañana, día veintitrés, daba vacaciones el viejo Burnett a su personal. Burnett es el dueño del taller incendiado, ¿saben? Pues bien, parece ser que trajo hoy del Banco el dinero de las nóminas y aguinaldos... Dios sabe si se lo habrán robado, pero el pobre Burnett está dentro de ese infierno, y no nos extrañaría nada que hubiera sido obra del Murciélagu.

Fletcher miró su reloj de pulsera. Las nueve y veinte minutos de la noche del día veintidós de diciembre. La nieve había dejado de caer, pero la temperatura era muy baja. El aliento brotaba en oleadas de vaho, al hablar.

—Muy probable que fuese el Murciélagu, Barry —comentó Rogers—. Es su hora habitual.

—Sí, eso pensaba yo también. —Barry se frotó el mentón, en su

gesto característico, cuando algo le preocupaba—. El Murciélago... El ladrón y pirómano de la noche... Uno de los casos que Ben y Clark nunca resolvieron, aunque tuvieron que acudir a más de siete atracos o robos con incendio...

Rogers asintió, meditabundo. Luego, ambos agentes corrieron a auxiliar al viejo Burnett, el dueño del taller de plásticos incendiado.

—No se podía hacer gran cosa, después de todo, capitán. El taller era un almacén de productos inflamables: pinturas, barnices, materiales plásticos, goma, tejidos, cosas así todas... El fuego lo devoró todo en pocos minutos.

—Y también al viejo Steve Burnett, ¿no? —suspiró el capitán Hawks, sombrío.

—Sí, también al viejo Burnett —admitió gravemente Rogers—. Pudimos sacarle del incendio, pero ya estaba muerto.

—Le asesinaron. A golpes, tras robar toda la nómina de la caja... —meditó Hawks—. Es él, ¿verdad?

—¿El Murciélago? —afirmó Fletcher—. Seguro, señor. Es su estilo, su modo de actuar.

—Ahora ya es algo más que ladrón y pirómano; es un asesino.

—Sí, siempre ocurre igual, señor. De todos modos, tal vez era ya un asesino.

—¿Qué quiere decir?

—Me refería a Ben Mac Coy y a Clark Dugan...

—Entiendo. —Hawks paseó por su despacho, impaciente—. ¿No creen ya que sea culpable de eso la persona que raptó al pequeño Dick Barrington?

—No podemos descartar tampoco a esa persona, señor. Sólo sugería una posibilidad. —Fletcher dio vueltas entre sus manos al plano de Manhattan donde aparecían, marcadas con aspás rojas, los diferentes lugares en donde actuara el Murciélago, el ladrón-pirómano que últimamente aterrorizaba a la ciudad—. Cualquiera de ellos pudo hacerlo. Y aún nos queda el tercer caso.

—La Voz —asintió Rogers, pensativo.

—La Voz... —repitió con mal humor Hasper Hawks—. Sí, maldito sea ese rufián... Últimamente ha cedido algo en sus llamadas virulentas y morbosas, pero siempre hay alguna acá y allá... Siempre frases horribles, insultos, obscenidades... ¡Dios, qué clase de gente existe en el mundo!

Dio otros varios paseos en silencio. Al final se detuvo ante ellos. Les miró, pensativo.

—El FBI nos ha enviado una queja —habló Hawks de repente.

—¿Una queja de los federales? —se sorprendió Fletcher.

—Eso es. Dicen que un par de patrulleros están inmiscuyéndose en su labor. Dicen que la Brigada no tiene atribuciones para andar interrogando a la gente y molestando a los presuntos sospechosos.

—Alguien debió informarles, ¿eh? —sonrió Rogers, con ironía.

—Me temo que sí —resopló el oficial de policía—. De todos modos, será preciso que dejen el asunto del pequeño Dick Barrington.

—¿Totalmente?

—Totalmente, sí —convino Hawks, ceñudo—. No quiero líos con los federales. Legalmente, tienen razón. De modo que dejaremos el campo libre para ellos. A ver, si, por lo menos, se estrellan en el mismo muro que nosotros...

—Como usted ordene, señor —suspiró Rogers—. Pero me hubiera gustado ser yo quien diera con la persona o personas que hicieron lo del pobre niño...

—También a mí —afirmó Fletcher, irritado—. Pero el capitán tiene razón, Frank. Nos estamos pasando de rosca ya. Es demasiado asunto para dos patrulleros cuya misión es muy otra. Iremos a casa de los Barrington, a despedirnos.

—¿De ellos... o de Ada Hawthorn? —bromeó, sarcástico, su compañero.

—Bueno, yo pienso que, con el mismo viaje, podemos despedirnos amistosamente de todos —rió Fletcher, guiñando un ojo con malicia.

CAPÍTULO IV

—¿De modo que solamente el FBI puede ocuparse del asunto?

—Solamente ellos, señor Barrington —afirmó Fletcher—. Es asunto de su jurisdicción, y nadie debe inmiscuirse en ella... a no ser que nosotros pudiéramos dar lo que ellos no obtuvieran: la verdad, el nombre del culpable. Y eso, por desgracia, no nos ha sido posible a mi compañero y a mí.

—A mí no me importaría quién fuese el autor del hallazgo. Pero que realmente apareciera el culpable y pagase su crimen. Fuera quien fuese.

—Le creo, señor Barrington. Y comprendo lo que siente. —Barry meneó la cabeza, sombrío—. Pero desgraciadamente, es más difícil de lo que parece. He venido a despedirme, en nombre mío y de mi compañero. De usted, de su esposa, de Ada Hawthorn...

—Mi esposa está ausente ahora —suspiró Barrington, encogiéndose de hombros—. Lucy cuida mucho de su belleza, y ni siquiera esta tragedia la ha hecho alterar sus costumbres. Dicen que es por el tradicionalismo británico. Yo diría que es porque a ella, en realidad, le afecta lo ocurrido de un modo menos intenso que a mí.

Y es natural. Por eso no me parece raro, dado su carácter, que siga acudiendo a sus sesiones de masaje y sauna, dos veces por semana, como siempre... Le despediré de ella, agente Fletcher. Y gracias por todo.

—De nada, señor. —Barry estrechó la mano del infortunado industrial, y luego se dirigió al jardín nevado. El jardinero, con ayuda de la nurse, estaba limpiando de nieve los senderos y algunas plantas. Pero el cielo plomizo de aquella mañana del veintitrés de diciembre, víspera de la Nochebuena, no prometía nada bueno. Era seguro que nevaría otra vez.

Ada se detuvo, dejando las podadoras y la herramienta con que limpiaba de nieve los setos, para atender a Barry Fletcher. Sus ojos

le miraron intensamente.

—Usted... —dijo.

—Sí, pero no tema. No he venido a importunarla más. Me marchó, Ada.

—¿Se va? No entiendo...

—Soy sólo un patrullero, no un detective. Alguien lo ha entendido así, y nos prohíben seguir haciendo pesquisas. No será fácil que me vea de nuevo, a no ser que ocurra algo en la vecindad, cosa que no deseo.

—Fletcher, usted... ¿Usted piensa quedarse siempre haciendo de patrullero? ¿Son ésas todas sus ambiciones?

—No —negó él—. Pienso seguir ascendiendo en este oficio, pero se empieza siempre desde abajo. Ser patrullero no es tan mala cosa. Y hay quien, como mi compañero Rogers, lleva más de diez años en ese trabajo, y no lo cambiaría por nada del mundo.

—Fletcher, usted... usted tiene condiciones para llegar mucho más lejos —dijo ella, ya muy cerca de él, suelta su roja melena sobre el jersey ceñido, que se ajustaba endiabladamente a sus senos agresivos, lo mismo que el pantalón tejano, de dril fuerte, a sus nalgas y caderas. Puso sus manos sobre el azul uniforme del agente—. Espero verle alguna vez de oficial de detectives...

—No creo que llegue nunca a tanto —rió Barry entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Bueno, Ada, adiós. Espero que los federales hagan justicia a su pequeño amiguito Dick.

—Dios lo quiera —los ojos de ella centellearon. Luego rodeó con sus brazos a Barry, y besó su boca intensamente, tras musitar—: Si hemos de decirnos adiós, que sea dulcemente, Fletcher...

Barry la separó con suave energía. El jardinero sonrió, socarrón, dedicándose a cortar tallos de un matorral con festón de un blanco helado.

—Ya es suficiente —murmuró el patrullero—. Besa muy bien, Ada. Pero estoy de servicio y no queda correcto devolverle el beso ahora.

—Hágalo cuando quiera... fuera de servicio —le incitó ella, invitadora.

—Es posible que entonces sí la busque, Ada. —Barry sacudió la cabeza, disponiéndose a partir hacia la salida del jardín nevado. Afuera, sonó el motor de un automóvil y un leve chirrido de frenos.

Enarcó las cejas, escuchando—. Sin duda, la señora Barrington regresa de su sauna.

—Es horrible que con el niño recién enterrado, ella ande por ahí, como todas las viejas ricas..., haciéndose dar masajes para conservar su atractivo. A fin de cuentas, era su madrastra —acusó con ira Ada Hawthorn.

Barry se paró en seco. Miró, perplejo, hacia Ada. Luego, al fondo del jardín, por donde se oían ya pisadas de tacones femeninos, haciendo crujir la nieve helada.

—Mujeres ricas que se hacen dar masajes... —repitió Fletcher, sorprendido—. Rogers me habló de eso... Fue Charlie Miller quien lo mencionó.

—¿Charlie? ¿Mi... Mi prometido? —Se sobresaltó Ada, pestañeando.

—Eso es. Pero no se refería a la señora Barrington o a cualquier otra que reciba masajes, sino a quien los da..., como Amos Denver. ¿No es cierto que Amos da masajes a las mujeres ricas y caprichosas, Ada?

Y cuando hacía su pregunta Barry Fletcher, ya la señora Barrington aparecía por el sendero, entre los setos, con su taconeo elegante y altivo. Se quedó clavada en la nieve, como una estatua de sal en la fuga de Sodoma y Gomorra. Con sus ojos desorbitados, fijos en Barry Fletcher. Pálida, tremendamente pálida de súbito, bajo su maquillaje bien medido.

—Sí, es cierto... —musitaba Ada, sin entender aún.

Lucy Barrington trató de dar media vuelta, de alejarse. Barry Fletcher, sorprendentemente, desenfundó su revólver reglamentario. Apuntó a la figura femenina que se alejaba.

—Intente huir, señora Barrington, y disparo contra usted —silabeó el patrullero—. Está arrestada, señora. Acusada de complicidad, o encubrimiento como mínimo, en el rapto y asesinato de su hijastro, Dick Barrington. Eso, si no se prueba que fue usted quien le hizo raptar y matar, señora.

Ella ni siquiera se movió.

SEGUNDO CASO

LA NOCHE DEL MURCIÉLAGO

CAPÍTULO PRIMERO

—Y se pudo, probar, Barry.

—Sí. Se probó. —Fletcher suspiró, cansado, tomando un sorbo de café y un trozo de tostada—. Se probó sin lugar a dudas, Frank. Ese imbécil de Denver confesó de plano, apenas le apretaron un poco.

—De cualquier modo, te arriesgaste demasiado —masculló Frank Rogers—. ¡Acusar a la esposa de Barrington, sin una sola prueba, sin una evidencia!

—Era una locura, lo sé —distráido, Barry vio ir y venir a Mitzy, la cantinera, con su pizpireta gracia, moviendo aquella esbelta silueta de uniforme azul brillante, tras el mostrador repleto de la cafetería y *snack* de la Calle Treinta y Cuatro—. Pero resultó. Me lo jugué todo a una carta. Súbitamente, vi claro en el asunto. Y me marqué un «farol».

—El mayor que jamás imaginé. Pudo haberte costado el empleo, incluso la libertad, de no ser ella culpable o de no haberlo confesado ellos todo tan fácilmente...

—Lo sé. Todo eso me pasó por la mente. Pero también la imagen del niño Barrington, muerto vilmente. Y eso ganó a todo lo demás.

—Muchacho, eres todo un gran tipo —le felicitó Rogers, palmeando su espalda—. ¡La cara que habrán puesto los del FBI cuando supieran que un simple patrullero había resuelto el caso que ellos reclamaban tan imperiosamente!

Comieron en silencio durante unos momentos. Barry consultó su reloj.

—Tenemos solamente diez minutos para reintegrarnos al servicio —dijo—. Ha pasado la hora de la cena, Frank. ¿Nos vamos?

—Sí, un momento. Espera que termine mi tarta de manzana y el café, por todos los diablos. Creo que nos hemos merecido esta media hora de reposo, tras declarar ante el juez federal que instruye

el sumario Barrington...

—Cielos, y pensar que una mujer, una madrastra, es capaz de hacer eso con su hijastro por dinero... Espero que a ella, por inducir a Denver, y a éste por hacerlo, mitad por dinero mitad por su sucia pasión entre ambos, cuando se han conocido en la sauna de masaje y gimnasia donde ella acudía... Masajista y cliente... En realidad, amantes y cómplices. Criminales ambos. Por la fortuna de Barrington, a quien algún «accidente» hubiera terminado por causarle la muerte cualquier día... Astuta, fría y cruel señora Barrington... Medio mundo está podrido, Frank.

—¿Sólo medio, Barry? —dudó Rogers, pesimista—. Si sólo fuera eso...

—¿Terminada la cena, amigos? —Era Mitzy quién preguntaba, inclinada sobre el mostrador.

—Terminada, sí. Ha sido excelente —convino Barry—. Al menos tenía apetito. Creo que cuando uno se siente satisfecho por algo, todo sabe mejor. Sin querer decir que vuestro servicio no sea excelente, Mitzy.

—Gracias, Barry —sonrió ella—. Imaginé, al oír por la radio, en el boletín de noticias de última hora, vuestro éxito en el caso del secuestro del pequeño Barrington, que gozarías, cuando menos, de unas cortas vacaciones navideñas.

—Eso no es fácil Mitzy —negó Rogers—. Hay gente que puede hacer vacaciones, pero no nosotros. Otros compañeros fueron ya elegidos previamente. Nuestra labor es servir a la ciudad, a las personas que desean y merecen la paz, la seguridad, el orden. Creo que ése es el mejor premio de Navidad.

—Es posible que tenga razón, Frank —aceptó Mitzy, pensativa. Sus ojos celestes se clavaron, luminosos, en Barry. Añadió, mientras recogía los servicios y las monedas dejadas por los dos patrulleros, encima del mostrador—: Además, nos quedaríamos aquí muy solos, si en estas fiestas no viéramos dos uniformes azules y dos caras conocidas. Ya que Ben y Clark no están... creo que lo mejor que podía suceder es que vosotros dos les sustituyerais.

—Gracias, Mitzy —sonrió Rogers, bajando de su banqueta y poniéndose la gorra con cuidado. En la máquina tocadiscos había una ruidosa pieza moderna, por algún conjunto de moda. En todo el local, guirnaldas, cintas, muérdago y campanitas, señalaban la

proximidad de las fiestas navideñas, lo mismo que el árbol de Noel al fondo del local—. ¿Vamos, Barry?

—Sí, Frank —asintió él—. En marcha.

Guiñó un ojo a Mitzy, sonriendo. Se encaminaron a la salida los dos agentes, para reanudar su servicio. El reloj de la cafetería-*snack* marcaba las siete y veinte minutos de la tarde. Afuera, era ya noche cerrada. Y empezaba a nevar, suave y espaciadamente.

—Vamos a tener una noche endiablada, Barry —dijo Rogers, protegiéndose del viento que barría Manhattan y lanzaba contra ellos los leves copos blancos, gélidos.

—Sí. Endiablada de veras —asintió Fletcher—. Y fría como un demonio.

Alcanzaron el coche-patrulla, aparcado en la vecindad de la cafetería. El radioteléfono estaba desconectado. Oficialmente, durante treinta minutos, se hallaban fuera de servicio. Ahora faltaban tres minutos para reanudar la tarea. Subieron al vehículo. Frank Rogers tomó el volante. Se dispusieron a partir. Barry Fletcher se sacudió la nieve de encima. Sus ojos, casualmente, se fijaron en los dedos de su compañero, que iban a buscar las llaves en el contacto, para provocar el encendido del motor.

Recordó algo. Ben y Clark, la anterior Patrulla 22, el coche aparcado, un volcán en el asfalto...

—¡Espera! —aulló roncamente.

Y su mano cayó, rotunda, sobre la de Frank Rogers. Su compañero le miró, sobresaltado.

—Barry, ¿qué diablos te ocurre? —masculló.

—No te muevas —jadeó Barry—. No toques esa llave, por el amor de Dios. No hagas nada.

Rogers enarcó las cejas, sin desviar sus ojos sorprendidos del rostro tenso de su camarada. Hubo un silencio violento dentro del vehículo.

—Barry, no pretenderás suponer que...

Rogers no terminó su comentario. Se le atragantaron las palabras cuando Barry asintió, señalando a la cerradura del encendido. Los ojos del veterano patrullero se clavaron donde señalaba su compañero. Descubrió, estremecido, los roces, los arañazos sobre el metal, en torno a la ranura...

—Cielos, eso no estaba antes así...

—No, claro que no —siseó Fletcher, sin moverse del asiento—. No roces siquiera las llaves. Podría producirse el contacto... Desatornillaron la tapa metálica de la cerradura. Hay muescas en los tornillos... Cuidado, Frank. No mires a los lados. Es posible que alguien vigile esto...

—Barry, ¿qué mil diablos estás pensando ahora? —jadeó Rogers, muy pálido, sudoroso incluso, a pesar del frío reinante.

—No me extrañaría que nos observasen. Esperan que ocurra otra vez. Lo de Ben y Clark. La Patrulla 22, de nuevo por los aires... Cuidado, Frank. Abre la portezuela como al azar. Sal del coche, ve hacia atrás, a sacar algo del portamaletas... Todo con normalidad, como si de repente hubieras olvidado algo...

—¿Y después...?

—Inclínate dentro del portamaletas. Que te oculte la tapa. Saca tu arma. Y el capote, por ejemplo. Con todo ello, asoma otra vez y llámame con voz fuerte. Yo saldré por esta portezuela. Corre hacia allá, a la derecha, en dirección al aparcamiento. Yo iré hacia la cafetería y el callejón inmediato, el pasaje vecino a ese rascacielos comercial... ¿Vas entendiendo, Frank?

—Claro —siseó Rogers, abriendo la portezuela de su lado, tras enjugarse, rápido, el sudor de su frente con el dorso de la mano—. El asesino... Está cerca. Crees que nos observa...

—Exacto. Todo debe ser normal. Nada de alarma, nada de inquietud o prisas. Que no sospeche que fue descubierto...

—Sí, Barry. Lo haré como dices... Y ojalá me ponga Dios a ese bastardo por delante...

—Cuidado. Recuerda que es alguien capaz de todo.

Asintió Frank Rogers. El veterano policía salió del automóvil. Caminó hacia el portaequipajes con naturalidad. Lo abrió, asomándose dentro. Estuvo cosa de cuatro o cinco segundos oculto. Al reaparecer, llevaba un abrigo azul oscuro, de uniforme policial, sobre el brazo derecho. Su mano desaparecía entre los pliegues. Nadie hubiera dicho que esgrimía un revólver reglamentario a punto de hacer fuego.

—¡Barry! —llamó, con voz clara, sin apremios ni alarma.

—Sí, ya voy —contestó Fletcher, normal, pero en voz alta. Abrió su portezuela y salió. Ya esgrimía su propio revólver amartillado. Se lanzó en veloz carrera hacia el *snack* donde Mitzy prestaba sus

servicios. Zigzagueó, agazapado, vertiginoso. Rogers le imitó, al otro lado del coche-patrulla, lanzándose hacia un amplio aparcamiento de coches.

Si Barry Fletcher estaba tan acertado en su teoría, como en el hecho de descubrir la existencia de una posible trampa mortal dentro del coche-patrulla, iban a enfrentarse de un modo u otro al asesino de los anteriores patrulleros...

Barry estaba en lo cierto. Súbitamente, Frank Rogers aulló:

—¡Aquí, Barry! ¡Ese coche que escapa!

Coincidió todo. El rugido del motor, los disparos secos, espasmódicos, el grito de Rogers. Barry Fletcher giró en redondo, arma en ristre.

Hubo un destello violento de faros de coche, cegándole. Vio bailotear a Rogers ante las luces, y desaparecer bajo ellas. Rugió un poderoso motor, y un automóvil oscuro se encabritó, lanzándose a la amplia calzada, haciendo rechinar sus neumáticos sobre el asfalto...

Barry comenzó a disparar con rabia contra el coche, sin saber si Rogers había sido arrollado o no. Pero sabiendo que era preciso dar alcance al fugitivo del automóvil oscuro. Al asesino de la anterior Patrulla 22...

Sus balas quebraron uno de los faros del vehículo. Barry extrajo un silbato con su mano zurda y lo hizo sonar estridentemente en la noche. Otro silbato respondió, no lejos de allí. Corrió, disparando sin cesar, hacia el coche-patrulla 22, que no podía manejar, porque ahora sí que estaba seguro de que ponerlo en marcha era provocar el caos otra vez.

Descolgó el radioteléfono, mientras ponía en marcha el sistema automático de la sirena. Ésta aulló rabiosamente, en tanto informaba Fletcher febrilmente a la Brigada Volante:

—Barry Fletcher informando. Patrulla 22 al habla. Trampa mortal en nuestro coche. Rogers arrollado. Asesino escapando en coche oscuro, posiblemente un «Chevrolet» modelo del año 1969, según me ha parecido... Dirección emprendida por el agresor: Calle Treinta y Cuatro, a la altura de la Décima Avenida, hacia Chelsea Park y Franklyn Terminal... Repito...

Al tiempo que hablaba, sus ojos no perdían de vista la calzada por donde huyera el coche enemigo. Luego colgó el radioteléfono,

lanzándose hacia donde Frank Rogers yacía sobre el asfalto. Temió lo peor. Pero al estar cerca, le vio el uniforme manchado de barro y de nieve, y su gesto malhumorado, con ojos brillantes, furiosos.

—Mi pie... —jadeó Rogers—. Una maldita torcedura solamente... Quise incorporarme y ya no pude... Pero al caer salvé la vida... Ese salvaje me rozó con el guardabarros... Casi me aplasta contra el asfalto... Era... Era él, ¿verdad?

—Sí —masculló Barry Fletcher, iracundo—. Era él... sea quien sea...

Y corrió hacia la esquina por donde desapareciera el automóvil. Oyó lejano estrépito de disparos, un fragor de vidrios, un estallido violento, gritos, ulular de sirenas, silbatos policiales...

—Algo ha sucedido con ese fugitivo —masculló Fletcher—. O con algún otro...

Corrió, tratando de averiguar algo, en tanto Mitzy y los demás salían del *snack*, con ímpetu, para averiguar lo que sucedía en el exterior. La confusión en torno era total.

Fletcher se alejó, mientras Rogers, a duras penas, ayudado por unos transeúntes, se ponía en pie, avisando a todos:

—Cuidado. No se acerquen a ese coche, al de patrulla... Creo que hay una bomba de nitroglicerina dentro, o muy equivocado debo de estar...

La gente, asustada, se alejó del coche policial, como si éste fuera un áspid venenoso.

Barry Fletcher se encontró con Barney Dodds cuando ya llegaba cerca del resplandor del incendio.

Conocía a Barney Dodds desde hacía tiempo. Era policía de patrulla callejera. Antes había sido detective del Escuadrón de Homicidios. Un fracaso sentimental en su matrimonio le había lanzado al alcohol. Y el alcohol, a la pérdida de su empleo. Pero se rehízo, volviendo a la tarea, si bien había debido empezar otra vez por abajo. Ahora vivía solo, abandonado por su esposa e hijos. Era patrullero a pie, un simple guardia uniformado. Pero siempre había sido eficiente.

También esta vez lo fue. Al ver a Fletcher, le reconoció en el acto.

—Hola, Barry —saludó—. No tienes que correr. El tipo no irá ya

más lejos...

—¿Qué? —jadeó Barry, deteniéndose—. ¿Le diste caza?

—Solamente a su coche. Disparé contra él, cuando le vi con un faro roto, y dando tumbos como un loco, sobre el suelo helado. No sé qué diablos llevaría dentro, pero eso arde como yesca...

—¿Y el conductor?

—Dentro. —Detuvo enérgicamente Barney Dodds a Fletcher, cuando él intentó lanzarse a intentar algo, allí donde ardía el automóvil—. Ni lo sueñes, Barry. Es una pira. El ocupante del coche arde dentro... No hay ser viviente que recupere ese cuerpo, seguro.

Fletcher caminó más despacio. A su lado, el patrullero Dodds, con sus recias pisadas en el asfalto. Dieron la vuelta a la esquina de Parcel Post Building, frente a Railroad Yards. El aire olía a aceite y a ferrocarriles. Las cocheras del tren estaban inmediatas.

Era un «Chevrolet» modelo 1969. Su vista rara vez le fallaba. Ardía por sus cuatro costados. Dentro, apenas si era visible la forma carbonizada, apoyada en el volante. Una portezuela abierta oscilaba, presa de las llamas. Dodds explicó:

—Intentaba salir cuando eso estalló. Creo que iba herido —mostró su revólver reglamentario, aún caliente. Sobre el abrigo azul, del uniforme policial de Barney, la nieve estaba formando ya una especie de blanco festón helado—. Hice tres disparos. Uno le tocó a ese tipo. Dos, al coche.

—Buen trabajo, Barney —aprobó Fletcher—. Te valdrá una felicitación.

—Una felicitación... —masculló Dodds, indiferente—. Si al menos fuera un ascenso...

—Si ése es el tipo que mató a Ben Mac Coy y a Clark Dugan, es posible que lo logres.

—¿Qué te hace suponer eso? —dudó Barney, levemente esperanzado.

—Estaban espiándonos. Nos atacaron cuando descubrimos que en nuestro coche-patrulla habían manipulado también en la cerradura del encendido, acaso para conectar un explosivo.

—¿Seguro, Barry?

—Seguro, Barney. ¿Viste al tipo, antes de abatirlo y de que eso se convirtiera en una pira?

—Lo vi —afirmó Dodds—. No muy bien, pero lo suficiente para

advertir que era joven, delgado, de pelo muy largo... Ya sabes, esos chicos de ahora. Contestatarios y todo eso. Rebeldes, lo que sea. Tenía pelo en la cara, una barba ridícula. Y patillas. Vestía como casi todos los chicos de ahora. Ropas ceñidas, poco aseado... No le vi más. La cara, el gesto, todo eso. No sé nada de ello.

—Puede ser bastante —meditó Fletcher, mirando la fogata—. Va a ser difícil identificar lo que quede ahí dentro, Dodds...

CAPÍTULO II

—Se le identificó, sin embargo.

—¿Quién era, capitán?

—Kirk Dillian. Un joven inadaptado, amargado y extraño. Estudiante de química, con numerosos arrestos por causa de sus actitudes violentas con la autoridad y la policía. Sentía odio feroz por todo uniforme, por todo agente de la autoridad, por todo orden establecido... —El capitán Hasper Hawks sacudió la cabeza, con pesimismo—. Desgraciadamente, no es un caso único en nuestra época. El mundo está lleno de jóvenes mal orientados, que odian el orden, la legalidad, el sistema establecido, sin importarles que éste sea bueno o malo. Solamente por protestar, por violentarse contra lo que hicieron sus mayores. Que si no fue siempre lo mejor, pudo haber también sido peor. Hoy viven mejor que nunca, tienen más medios a su alcance, más comodidad, más lujos, una vida más fácil... y protestan. Cielos, ¿de qué, Rogers?

Cojeando ligeramente, Frank Rogers caminó hasta el ventanal asomado a Manhattan. Miró, ceñudo, a la noche nevada, blanca, digna de la ya inminente Navidad.

—No sé, señor —manifestó roncamente—. No entiendo. No puedo entender al mundo de hoy, a los jóvenes de hoy. Yo también fui joven. Y exigía cosas que me parecían utópicas. Pero era de justicia. Entonces eran malos tiempos. Ahora que son mejores, ahora que tienen de todo... odian y matan. No entiendo. Ni quiero entender siquiera.

Barry Fletcher estaba leyendo los documentos obtenidos por el Departamento Central de la Metropolitana. Recitó en voz alta:

«Kirk Dillian. Hijo de un alcohólico y una prostituta. Veintidós años. Abandonó los estudios, ganados con una beca municipal. Se hizo miembro de una secta activista, de ideas extremas. Arrestado seis veces. Dos por golpear a policías, dos por destruir

establecimientos comerciales. Y otras dos por utilizar productos químicos como explosivos... —Miró significativamente al capitán Hawks y a su compañero Rogers. Siguió leyendo luego—: Casado a los diecinueve años con una joven fichada como ramera menor de edad, Binnie Forbes, convertida así en Binnie Dillian. La abandonó a los seis meses de la boda, a punto de ser madre. No le pasó nunca un centavo. Ella sigue prostituida. Estuvo internado en un centro de subnormales y alcohólicos, por darse a la bebida y atacar un establecimiento de licores al negarle la entrada y el servicio. Sanó en dos semanas, pero siguió bebiendo...»

—Hermoso historial —rezongó Hawks—. Si tengo un hijo así, me corto la cabeza yo mismo.

—No sé... —Fletcher suspiró hondo—. En parte, será culpa de ellos. Exigen demasiado. Pero nosotros a veces tampoco les dejamos herencias demasiado hermosas.

—¿Qué quiere decir, Fletcher? —Se irritó Hawks.

—Pensaba en la bomba atómica, en la guerra del Vietnam, en una sociedad de consumo, en tantas y tantas cosas negativas, que creímos iban a salvar al mundo... —Fletcher rió con cinismo, entre dientes—. En fin, dejemos eso. De cualquier modo, los chicos como Kirk Dillian tienen una gran parte de culpa. El resto va por sus padres. El no pidió ser hijo de un alcohólico y una prostituta. Lástima que no podamos sentar a sus padres en un banquillo...

—Está hablando de un mozo de veintidós años que mató a dos camaradas nuestros, Barry.

—Nunca olvido eso, señor. Sólo estaba tratando de repartir las culpas.

—En resumen, ya dimos con el culpable —suspiró Hawks. Incluyó la cabeza—. Eso deja las cosas resueltas para ustedes dos. La Patrulla 22 no necesita seguir investigando los casos inconclusos. La teoría falló. Era alguien que nada tenía que ver con el caso, quien puso en el coche de Ben y de Clark el artefacto de nitroglicerina. Lo mismo que esta noche en el suyo. Que, desde luego, también era de nitroglicerina...

—Lo imaginaba —murmuró Fletcher, ceñudo. Estaba pensando en algo. Alzó la cabeza, mirando a su compañero—. Tú estuviste ante el coche que huía. ¿Iba solo ese hombre, el joven Dillian?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? —Se sobresaltó Rogers.

—Nada. Pensaba en voz alta. Pudo haber alguien más. Al escapar, Dillian siguió con el coche, el otro se largó, y después Barney Dodds interceptó al fugitivo, disparando contra él. Dodds no tenía por qué sospechar que hubiera otro ocupante anteriormente en el vehículo incendiado. Y a mí me deslumbraron los faros. No pude ver nada.

—¿Por qué imagina esa tontería de dos enemigos? —Se irritó Hawks.

—Porque pensé en la colocación del artefacto. Es laborioso para un solo hombre, en sólo veinticinco minutos escasos, trabajar libremente, en un aparcamiento, frente al *snack-bar*, poniendo la bomba de nitroglicerina, desatornillando el encendido, situando las mechas y conexiones...

—Ese mozo era un experto en tales cosas. No resulta tan sorprendente.

—No, pero me inquieta la idea —volvió a mirar a Rogers—. ¿No puedes recordarlo, Frank?

—No, creo que no vi nada. El coche se me vino encima, y sus faros me cegaban también. Pudieron ser dos sus ocupantes, claro está. Sólo que eso es pura teoría.

—Sí, como todo. Solamente sabemos algo: quién fabricó la carga y quién odiaba a la policía. Si trabajaba solo, Dillian era el culpable. Sin lugar a dudas.

—¿Y si no estaba solo?

—Entonces, alguien le manejó como cómplice, con motivos oscuros que no sé si...

Se interrumpió. Había sonado el teléfono. Hawks tomó el aparato. Escuchó. Su faz se demudó. Clavó los ojos en sus dos patrulleros.

—¡Pronto, muchachos! —exclamó—. Vayan urgentemente a su coche. Ya está a punto. Se trata otra vez de ese maldito maníaco... El pirómano ladrón.

—¿El Murciélago? —interrogó Rogers, sobresaltado.

—Sí, él sin duda. Han robado en un club nocturno de la Calle Veinticuatro. No lejos del Madison Square Garden. El almacén de licores está ardiendo. Tras el robo, prendió fuego al lugar. Se ha llevado casi siete mil dólares. No saben si hay víctimas...

Los patrulleros se precipitaron hacia la salida. Otra vez la

Patrulla 22 entraba en acción.

Otra vez el Murciélago había descargado su golpe en la noche del invierno neoyorquino, aquella madrugada, víspera de la Nochebuena.

CAPÍTULO III

Las botas de los agentes hicieron crujir las negras pavesas. Caminaron sobre maderas, vidrios y cenizas. Se limpió Fletcher un manchón oscuro en el rostro, cuando se vio reflejado en un espejo medio abatido al arder su marco dorado.

—Costará bastante dinero reconstruir el local —comentó—. Y reponer el almacén también.

—Es una ruina —se quejó el dueño del club nocturno, lívido—. El seguro cubre algunos riesgos, pero no todos. Pagaré una cantidad por el incendio. Pero sólo cuando den caza al que lo provocó. Esos aseguradores se aferran a un clavo ardiendo, si es preciso, para no pagar la indemnización. Y como está comprobado que el fuego fue provocado...

—Descuide —respondió Rogers—. Daremos con el pirómano.

—Igual dijeron sus compañeros de la patrulla anterior, cuando se incendió el local de mi vecino y competidor —rechazó el propietario del local siniestrado—. Y aún no ha ocurrido nada.

—¿Su competidor? —indagó Fletcher—. ¿Vecino? ¿Dónde fue ese fuego?

—Enfrente. A menos de cien metros del Madison Square Garden. El Cyprus. Ardió como yesca. Ya antes le habían robado la caja, que no era mucha esa noche. Tuvo más suerte que yo en todo. Su empresa aseguradora le pagó.

—Entiendo. ¿Ha habido más incendios en este sector?

—¿En este sector? Prácticamente, casi todos los del Murciélagos.

—Yo vi uno en Stuyvesant Town. Y eso está en Calle Catorce. Bastante lejos de aquí.

—Sería otro el culpable.

—Dijeron que era obra del Murciélagos. Su estilo. Robó las nóminas de Navidad. Y luego incendió el local. Hubo una víctima. Ahora, ese atracador pirómano es un asesino. Cuénteme cómo es

físicamente. Usted le vio al ser atracado, ¿no?

—Sí, muy claramente. Pero es como si no le hubiera visto. Llevaba abrigo negro, de cuello subido, muy largo. Caperuza negra, bajo un sombrero flexible, encasquetado hasta las orejas. Guantes, jersey negro... En fin, imposible identificarle.

—Sé cómo se acostumbra a presentar el Murciélago en los atracos que comete —asintió Fletcher—. Pero de cualquier modo, puede darme algunos datos. Por ejemplo: estatura, voz, ademanes, modo de actuar, color de ojos posible... ¿Qué me responde?

El dueño del establecimiento frunció el ceño. Hizo un esfuerzo de memoria.

—Alto. Casi como usted, agente. Más lleno en apariencia, pero podría ser el abrigo. O un relleno. Voz ahogada, sibilante. No podría describirla mejor. La disimula. Como si tuviera afonía. Ojos normales. Castaños, parecen. No puedo recordar más.

—No es mucho. ¿Hombre o mujer?

—Hombre, seguro —afirmó él con énfasis—. Sus movimientos, gestos, su voz... Seguro que no es una mujer disfrazada, estoy convencido.

—Eso quiere decir que es viril. Usted no ha dudado en absoluto.

—Pues... sí. Puede que sí, agente. Su paso era largo, ágil, enérgico. Sobre todo al escapar con el dinero de mi despacho en el almacén, sobre este local, prendiendo fuego a todo con una pequeña bombona de gasolina concentrada, inflamable, que iba prendiendo, a la vez, con un dispositivo de chispas adosado a la bombona. Algo muy ingenioso. Terrible y malditamente ingenioso...

—Sin duda fabricado por él mismo —reflexionó Fletcher—. Miraremos si se vende algo así. Hoy en día todo es posible. Hay tiendas especializadas en vender instrumentos de tortura medievales, de modo que ya puede imaginar... Pero sospecho que él lo preparó adecuadamente para incendiar los lugares atracados.

—Es un maníaco del fuego, un ser peligrosísimo, agente.

—Maníaco del fuego... y del dinero —comentó Fletcher, irónico—. Creo que el incendio le sirve para escapar más fácilmente del escenario de su fechoría. De todos modos, gracias. No tenemos mucha materia para investigar, pero trataremos de ver claro en esto...

—Ver claro... —refunfuñó Frank Rogers, moviendo el coche—

patrulla por toda el área de control, incesantemente—. ¿Cómo esperas conseguirlo? No tenemos apenas datos de ese chiflado del fuego.

—No creo que sea un chiflado. Le han apodado el Murciélago porque actúa de noche. Si fuera un vulgar pirómano, se limitaría a incendiar los lugares, sin atracarlos previamente.

—¿Qué supones entonces? —indagó, sorprendido, Rogers.

—Que el error estuvo siempre ahí: se busca a un maníaco, a un pirómano, a un anormal. Y se dio de lado lo más importante: que el pirómano es un ladrón, un salteador. Un delincuente vulgar, lo bastante astuto para encubrir sus delitos con esa falsa manía que es su mejor coartada y protección.

—Me has pedido que recorra todo el área sin cesar, en tanto no suene el radioteléfono, llamándonos a alguna parte —comentó Rogers—. ¿Qué esperas? ¿Ver al Murciélago, con su disfraz y todo, caminando tranquila —mente por la calle, a la espera de que le demos caza?

—Sería demasiado esperar —rió Fletcher—. Estoy, simplemente, estudiando cada lugar incendiado tras el atraco... Es curioso, Rogers.

—¿Qué es lo curioso?

—Todos, absolutamente todos los sitios salteados y luego incendiados están dentro del área de nuestra patrulla...

—¿Y eso te sorprende? Ya es sabido de antemano, Barry.

—Pero Stuyvesant Town no es nuestra zona. Fuimos allá porque el incendio era importante, dados los productos inflamables allí almacenados, y nos llamaron a los patrulleros de diversas áreas de Manhattan, Frank.

—¿Adónde vas a parar?

—A esto: el único lugar fuera del área, robado e incendiado por el Murciélago, fue justamente aquél, el almacén de plásticos del viejo Steve Burnett...

—Sigo sin entenderte.

—No importa, Frank. Es sólo una idea. Vamos a darnos una escapadita ahora. A Stuyvesant Town. ¿Qué te parece?

—Que no entiendo nada —resopló el veterano policía—. Pero te complaceré una vez más, Barry, aunque, termines volviéndome loco...

El joven agente sonrió, sin decir nada. Se arrellanó en el asiento y contempló pensativo las calles, las luces de alumbrado, de luminosos y escaparates, que hacían aún más blanco el suelo nevado y los copos que, inexorablemente, descendían sobre Nueva York.

CAPÍTULO IV

—Sí, usted tiene razón, agente —afirmó el joven Rush Conrad, capataz de la factoría incendiada, frotándose sus ojos llenos de sueño, bajo el cabello revuelto, desordenado por las horas transcurridas en el lecho. Su figura enjuta se perdía entre los pliegues del pijama y el acolchado de la bata—. Fuera del personal que trabajábamos con el viejo Burnett, mucha gente de la vecindad sabía que el dinero se traía siempre la víspera de los pagos, para hacer efectivos éstos al día siguiente. Y entretanto, la caja fuerte era el lugar para meter el dinero.

—De modo que cualquier vecino pudo saber la cantidad importante que había aquí... y obrar en consecuencia.

—Sí —bostezó el muchacho. Meneó la cabeza, malhumorado—. Nos hemos quedado sin jornal y sin aguinaldo. Dicen que lo pagará la compañía de seguros, pero todo eso se queda a veces en promesas...

—¿Cuántos trabajaban para Burnett, señor Conrad?

—Pues no éramos muchos. Había seis obreros, dos técnicos, el señor Sam Leyden y yo.

—Su labor es la de capataz, ¿no es cierto?

—Sí —asintió el joven Conrad—. Yo era el capataz del negocio.

—Un capataz muy joven...

—El señor Burnett creía en la juventud —rió el muchacho tristemente—. Lástima. Era un buen hombre. La gente le creía un tacaño, pero era mejor de lo que ellos imaginaban...

—Ahora, el negocio se queda cerrado definitivamente, ¿no es cierto?

—Bueno, yo he hablado con el señor Leyden y con Harold Stern, para ver si podemos hacer algo con el negocio... No sé lo que resultará. No les vi muy entusiasmados. Y sería una pena que ese local se cerrara definitivamente, ¿no les parece?

—En efecto. ¿Quiénes son, respectivamente, dentro de ese negocio, el señor Sam Leyden y el señor Harold Stern? —Era Frank Rogers quién hacía las preguntas ahora.

—Bueno, Sam Leyden se ocupaba de las compras de material y la venta de los productos fabricados por nosotros, en su mayoría decorativos. Un hombre muy activo, sí. Pero creo que tiene proposiciones de otra entidad. De modo que no confío en él para la reapertura del negocio.

—¿Eso significa que el señor Burnett no tenía familiar alguno?

—Precisamente su único familiar era Harold Stern, su sobrino. Hijo de una hermanastra suya. Es un tipo opuesto a Leyden. Apático, tranquilo, perezoso y sin interés por nada. No creo que tenga alma para seguir con el negocio.

—¿Entonces...? ¿Qué piensa hacer usted, señor Conrad?

—No sé. Buscaré trabajo entretanto. Luego, tal vez busque quien me preste dinero para adquirir los derechos a Stern. En caso contrario, seguiré en mi trabajo, olvidando el taller de Burnett. Ese maldito Murciélago nos dejó a todos en la calle, aparte de matar al pobre Burnett...

—¿Están seguros de que fue el Murciélago? —preguntó vivamente Rogers.

—¿Quién iba a ser, si no? —Se encogió de hombros el muchacho, tristemente—. Además, hubo un testigo presencial que le vio huir.

—¿Un testigo? —Rogers enarcó las cejas—. Nadie nos habló de él aún, Conrad.

—No quiso meterse en líos, pero sé que lo vio. Me lo ha dicho a mí confidencialmente.

—¿Quién fue ese testigo?

—Precisamente Sam Leyden. Había ido a resolver unas gestiones cuando ocurrió. De regreso, para despedirse de Burnett hasta el día siguiente y recoger unos papeles de su despacho, vio el fuego. Y alcanzó a ver huir a un hombre con largo abrigo negro, rostro enmascarado, guantes y sombrero flexible de igual color.

—Siga. Ésa es la descripción del Murciélago. Pero cualquiera podría disfrazarse así.

—Oh, por supuesto. Leyden le vio cruzar la calzada y meterse por los setos de Stuyvesant Park. Cuando se acercó a la carrera,

tratando de localizarle, le fue imposible. El tipo había desaparecido sin dejar rastro.

—¿A pesar de la nieve cuajada en los senderos? —se sorprendió Rogers.

—Sí. —Conrad enarcó sus cejas ahora, sorprendido, mirando al policía—. Raro, ¿no? Pero así me lo contó él, agente. No sé más. Ni se me ocurrió lo de la nieve...

—Gracias por todo, y perdone la molestia a estas horas, señor Conrad, pero el ladrón pirómano ha hecho otra felonía esta noche en un club nocturno. Esta vez no hubo víctimas. Pero las habrá en cualquier otro momento si le dejamos seguir adelante.

—Sí, comprendo. Les deseo suerte en su búsqueda, agente.

—Un solo dato, por favor —observó Rogers que la ventana del gabinete de Conrad daba directamente a la calle donde se hallaba el negocio incendiado, donde muriera el viejo Burnett—. ¿Puede darme las señas de los dos hombres que citó? Me refiero a Sam Leyden, el jefe de compras y ventas, y al sobrino de Burnett, Harold Stern.

—Por supuesto. Anote, agente...

Frank Rogers anotó las dos direcciones. Eso fue todo.

—Lo que yo me figuré.

—¿Qué dices, Barry? —Parpadeó Rogers, sorprendido.

—Creo que ya sé quién es el Murciélago.

—¡Oh, Dios, no...! —gimió su compañero—. Sería el colmo que ahora, tras lo de Barrington, también tú... descubrieras la identidad del Murciélago y resolvieras el segundo caso... que sería el tercero, puesto que ya resolviste también el del dinamitero, asesino de la original Patrulla 22...

—De eso ya no estoy tan seguro, Frank.

—¿Insistes en que ese joven, Dillian, era inocente?

—No dije que fuese inocente. Dije que no estaba seguro de que fuese él sólo el responsable del crimen y del fallido atentado contra nosotros, Frank. Pero ahora no hablamos de Kirk Dillian, sino del Murciélago, el ladrón pirómano. Las direcciones que te ha dado ese chico, Conrad, son significativas.

—Pero... ¿por qué? —gimió Rogers, estupefacto.

Sin responder enseguida, Fletcher extrajo el plano de Manhattan, con su área de patrulla bordeada en rojo. Señaló con un

aspa roja el punto de la tienda de Burnett. Con otra la vivienda de Rush Conrad, enfrente.

Luego bajó hasta Row East Broadway, en el Bajo Manhattan. Marcó otra cruz, explicando lentamente:

—Tenemos la tienda-almacén de Burnett, incendiada por el Murciélago. La vivienda de Conrad, enfrente. Aquí, en Row East Broadway, vive Sam Leyden, el encargado de compras y ventas de Burnett. Muy lejos, al otro extremo de Manhattan. Aquí, vive Harold Stern, sobrino de Burnett.

Y marcó otra aspa roja en un punto de la Calle Veintisiete, a la altura de su número 210. Justamente entre la Séptima y la Octava. La vivienda de Stern. Fletcher dio un golpe con el lápiz sobre los puntos incendiados anteriormente, que alcanzaban la cifra de once en total. Trazó un círculo entre ellos.

Resultó casi perfecto. Un óvalo ligero. Con un centro casi geométrico; la vivienda de Harold Stern, sobrino de Steve Burnett.

—Cielos... —Frank Rogers meneó la cabeza—. Parece convincente... Pero dista mucho de ser una prueba...

—Claro que no es una prueba. Pero vamos a ir allá. A ver al amigo Harold Stern.

—Barry, no hagas otra locura. No acuses a nadie sin fundamento. Aunque sea endiabladamente culpable, ese hombre, el Murciélago, es muy listo. No se dejará coger fácilmente...

—Ya veremos, Frank. De momento, vamos allá...

Y el coche-patrulla número 22, subió rápidamente hacia la Calle Veintisiete, por la amplia calzada nevada de la Novena Avenida.

Harold Stern les miró sorprendido. Era un hombre alto, delgado, rubio, de ojos castaño claros, de modales lentos, apáticos, y lentitud exasperante.

—No entiendo... —masculló—. ¿Qué buscan ustedes a estas horas en mi casa?

—Señor Stern, debe perdonarnos. Hemos cogido a un individuo sospechoso del asesinato de su tío, Steve Burnett.

—¿Qué? ¿Han cogido al Murciélago? —se asombró Stern—. ¡Eso es magnífico!

—Bueno, no podemos estar aún totalmente seguros de eso. El hombre ha confesado que fue a la tienda con el propósito de robar, pero que llegó tarde. Alguien se le había anticipado, atacando a

Burnett y robando el dinero de la caja fuerte, al tiempo que incendiaba el local. Ya sabe, parece que todo el mundo en la vecindad sabía lo de las nóminas...

—Sí. Tío Steve era muy confiado. Demasiado. Eso le perdió, no hay duda —ceñudo, miró a Fletcher—. ¿Dice usted que..., que ese testigo era un ladrón que llegó tarde, cuando ya el taller había sido expoliado, incendiado, y mi tío asesinado?

—No exactamente —sonrió Fletcher—. Nuestra suerte es que él llegó cuando Burnett aún no había muerto, y el taller comenzaba a arder. Asustado, escapó. Pero él vio huir al Murciélago hacia Stuyvesant Park... y lo qué es más, asegura que le reconoció.

—¡Imposible! —rechazó Stern, sarcástico—. Si viste como dicen, ¿quién podría identificarlo?

—Bueno, el ladrón puede tratar de salvar su pellejo con trucos y mentiras. Asegura que Burnett no estaba muerto aún, pese a los golpes recibidos, y que llamó al Murciélago por su nombre.

—¿Eso es posible? —Stern hizo un gesto ampuloso, despectivo—. ¡Es lo más disparatado que jamás oí!

—Sí, es lo que pensamos nosotros. El, sin embargo, insiste. Dice que sólo pronunciará el nombre del Murciélago, el que citó Steve Burnett, cuando haya ante él tres personas determinadas.

—¿Tres personas?

—Eso es; usted, Sam Leyden y Rush Conrad.

—Yo..., el jefe de compras y ventas... y el capataz de tío Burnett... —Stern se mordió el labio inferior—. Eso no tiene sentido. Desde luego, no pienso ir.

—Es lo que suponía —rió Fletcher—. Señor Stern, el ladronzuelo miente, estoy seguro. Sólo que el fiscal quiere creerle a ciegas y está seguro de que uno de ustedes tres es el Murciélago, como el testigo y ladrón afirma.

—¡Eso, además de un disparate, es una infamia, un insulto...! —aulló Stern.

—Un insulto de él, por supuesto. A usted, a Leyden y a Conrad. Pero no deben hacer caso de un bribón así. Aunque el fiscal haya decidido que sus domicilios sean registrados, con una orden judicial, vayan o no al Departamento de Policía, señor Stern. ¿Qué opina?

—Es... Es una estupidez todo —sonó ronca la voz de Stern—.

Mire, agente, no sé si iré o no. Debo meditarlo. Deme tiempo. Si me decido, dentro de dos horas estaré en el departamento. Si no, le aseguro que reclamaré legalmente por esa orden de registro que citó usted.

—Y hará bien, señor Stern —aprobó Rogers, enérgico—. A veces nos resulta poco grato hacer cumplir la ley, sobre todo cuando ésta resulta injusta. Buenas noches, y perdone.

Los dos patrulleros salieron, cerrando tras de sí la puerta, con seco golpe. Stern se quedó dentro. Barry y Frank cambiaron una mirada en el corredor.

—Lo hice —susurró Rogers—. Mientras tú hablabas con él, desconecté el pestillo de seguridad de la cerradura. Podemos entrar de nuevo sólo con girar el pomo...

Asintió Barry. Desenfundó su revólver. Con un gemido de inquietud, Rogers le imitó. Los dos agentes de patrulla fueron hacia la puerta. Escucharon. Se oían lejanos pasos, y también captaron el crujido de un mueble al ser abierto. Una silla o banco cayó con suave impacto.

—Vamos —susurró Fletcher.

—Dios quiera que no nos metamos en un lío y perdamos el empleo —se quejó Rogers.

Abrió sin hacer ruido. El pestillo, desprovisto de su sistema de cierre firme, cedió. Entraron en el recibidor. Pasaron al gabinete. Miraron al fondo. Rápido, Barry Fletcher corrió hacia allá, con su revólver amartillado.

—¡Alto! —gritó—. ¡Harold Stern, dese preso! ¡No intente nada o disparo!

Tuvo que disparar.

Harold Stern estaba haciendo un envoltorio con un abrigo, una capucha de paño y un sombrero y guantes de igual color. También con una especie de extintor que era todo lo contrario; un depósito de gasolina concentrada, con un dispositivo adosado, para lanzar chispas inflamables.

Le apuntó con el objeto, lanzando un alarido furioso, muy pálido y convulso. La llamarada de la gasolina incendiada, como si surgiera de un lanzallamas bélico, aunque en menor intensidad, barrió la alfombra, las cortinas y muebles, que comenzaron a arder. Barry tosió, disparando dos veces.

Desarmó a Stern, quien se lanzó hacia la ventana que asomaba a los tejados posteriores. Desde allí se volvió, empuñando una automática, que disparó contra Fletcher. Éste tuvo que ocultarse tras un mueble para no ser herido. Y entonces, Rogers apretó el gatillo de su 38 reglamentario.

Hizo dos disparos. Uno al brazo y otro a la cadera del fugitivo. Le alcanzó con ambos impactos de bala. Harold Stern se encogió, con un juramento soez, enrojecidos de sangre sus dedos. Cayó contra el muro y se desplomó luego al suelo, derramando sangre.

—Gracias, Frank —suspiró Fletcher, tosiendo aún, lo mismo que su compañero, entre humo y llamas—. Ve abajo. Llama a los bomberos y a otro coche-patrulla. Yo me ocupo de este bribón... El Murciélago ya ha perdido el vuelo para siempre.

TERCER CASO

VOZ DE MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Cómo pudiste sospecharlo, Barry?

—No era difícil, Mitzy —sonrió Fletcher, esperando su desayuno la mañana fría y nubosa de aquel día 25 de diciembre, víspera de Navidad, en la barra del *snack*—. Ese hombre, Stern, vivía en la zona de los incendios. Sólo había una excepción: el del taller de Burnett. Tenía que existir un motivo para que abandonara su escenario habitual de piromanía y atracos. Y vaya si la había. Era pariente del viejo Burnett y sabía mejor que nadie la suma encerrada en la caja fuerte. Así que esa vez, el Murciélago voló más lejos que nunca. Y perdió sus alas por ello mismo.

—Aun así, hubiera podido ser cualquier otro el culpable, ¿no, Barry? —terció el policía de patrulla callejera Barney Dodds, que apuraba su café y sus tostadas, algo más allá, en el mismo mostrador.

—No, Barney —negó Fletcher—. Porque el incendiario y ladrón tenía que ser alguien que, en las noches invernales, no tuviera largos desplazamientos y eligiera un sector vecino a su domicilio. Eso, unido a que era Stern el único relacionado con el caso Burnett que residía en la zona de los incendios habituales, era muy significativo. Me jugué una carta fuerte.

—Y volviste a ganar —suspiró el policía Dodds—. Enhorabuena, muchacho. Terminarás en la División de Homicidios, estoy seguro.

—Por el momento, me conformo conservando mi empleo de patrullero —rió Fletcher—. Frank dice que si algo llega a fallarnos, en este caso o en el de Barrington..., ¡pu! Adiós al uniforme, al empleo y al sueldo. Y creo que tiene razón.

—Frank siempre tiene razón —convino Barney Dodds—. Los veteranos como él y yo vemos serenamente las cosas, aunque a veces no sea eso lo mejor que puede hacerse, Barry. Tu impetuosa juventud y tu buen sentido hacen falta para resolver cosas que los

conservadores no logramos. Aunque a veces, como en mi vida, no todo haya sido precisamente conservadurismo, hijo. Pero eso quiero olvidarlo y pensar en mi vida actual, destruida en parte, pero no del todo.

—Sí, Barney. Todos hemos olvidado el pasado y su lado feo —le sonrió Fletcher—. Hablamos del presente. Es lo que cuenta, amigo mío.

El veterano policía asintió, gravemente, continuando con su desayuno. Mitzy puso ante Barry su propio encargo. Y se quedó mirándole profundamente.

—Barry, me dijiste que tal vez te dieran un día libre en estas fiestas —habló la joven camarera—. ¿Qué hay de ello?

—Nada —suspiró Fletcher. Miró su reloj—. Son las diez ya. He dormido solamente cuatro horas. Y vuelta a la patrulla. Si le fuera posible, el capitán Hawks me ha prometido un descanso de dos días en estas fiestas. Pero nada es seguro. Y aun eso, en agradecimiento a los dos servicios prestados.

—Deseo que sea cierto eso, Barry —suspiró Mitzy—. Necesitas descansar.

—¿Descansar? No pienso hacerlo aunque me den dos días de fiesta.

—Harás mal. Tienes cara de agotamiento, de fatiga...

—Aprovecharía esos días... para invitarte a comer en alguna parte, cuando salgas de este local, Mitzy. Y luego, si había tiempo, a bailar un poco.

—Eres un encanto a veces, Barry —suspiró ella—. Sobre todo, cuando te olvidas de que eres policía y piensas solamente en que eres un ser humano.

—Procuró pensar siempre en eso ante todo —sonrió Barry—. Pero no siempre se pueden compaginar las obligaciones de un policía y un hombre a quien le gusta una chica.

—¡Barry! —exclamó ella, complacida—. ¿De veras te gusto? Nunca me lo dijiste.

—Pues hoy es la primera vez, Mitzy. Tal vez sea porque me siento necesitado de olvidarme de mi trabajo, de pensar como un simple ser humano, como tú dices. Pero eso pasa muy pronto —rió, irónico—. Sólo debes recordar una cosa, Mitzy; la cita sigue en pie. Todo depende de que me den esas dos fechas libres. O una sola. Y

de que tú quieras, naturalmente.

—Barry, ¿cómo preguntas eso? —Mitzy le miró profundamente a los ojos—. No acostumbro a escuchar jamás ofertas de ese tipo de mis clientes. Pero tú eres una excepción, Barry...

—Y tú un ángel tras un mostrador —rió Fletcher.

Barney Dodds había terminado su desayuno. Se incorporó, pagando su consumición a la muchacha. Al dirigirse a la salida, palmeó la espalda de Barry con energía.

—Suerte, Barry —deseó—. Que sigas cosechando éxitos, muchacho.

—Gracias, Barney —suspiró Fletcher—. Espero que todo te vaya bien a ti... Eh, un momento.

—Sí, Barry. ¿Qué quieres? —Se detuvo junto a la puerta del bar.

—Es sobre aquel chico, el rebelde químico Kirk Dillian...

—Oh, ¿el que perseguías cuando yo disparé al coche? Dime, Barry.

—Tú dices que él intentaba salir del vehículo por la portezuela, que incluso la abrió, cuando el coche ardía...

—Sí, es cierto —arrugó el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

—Quería saber algo, Barney... ¿Pudo estar esa portezuela ya abierta cuando tú disparaste contra el coche? Es decir, antes de que él intentara salir, ya incendiado el vehículo.

—Ya abierta... —Hizo un gesto de extrañeza—. No sé... Sería difícil concretar eso. Pero pudo ser, sí. Yo no vi la portezuela cerrada, y si fue así no lo recuerdo. Mi única imagen en la memoria es la de una portezuela abierta, a la que él intentaba encaminarse... ¿Responde eso a tu pregunta, Barry?

—Sí, tal vez sí —asintió Fletcher—. Gracias, Barney. De corazón.

—Bah, no tiene importancia —abrió, enfrentándose a la nublada, gélida mañana del día de Nochebuena. La música de campanitas y de villancicos se filtró hasta el *snack*. Cerró Dodds, tras agitar su mano cordialmente, y se perdió, dentro de su abrigo azul, pesado y ancho, camino de su inmediata demarcación de vigilancia callejera.

—Pobre Barney... —musitó Mitzy, con un suspiro—. Pensar que ahora podría tener un despacho confortable en el Departamento Central...

—Tal vez pronto le den algo mejor, hasta jubilarse —comentó

Fletcher—. He oído decir al capitán Hawks que va a solicitar para él una rehabilitación. El teniente Mulligan está dispuesto a darle una tarea burocrática en su División... Creo que será la última Navidad que ese hombre tenga que andar sufriendo el frío invernal en plena calle, durante la noche...

Afuera, el tráfico era considerable. Se advertía la víspera navideña, el ambiente festivo en la gran ciudad. Había color sobre el fondo gris y blanco de la urbe, con sus rascacielos y su nieve cuajada, amontonada en las aceras por los servicios municipales de limpieza.

Barry Fletcher terminó su desayuno. Pagó, poniéndose en pie. Estiró su uniforme. Mitzy le dio el cambio. El joven policía retuvo su mano con energía, con calor.

—Te veré esta noche —dijo—. ¿A qué hora te marchas a casa?

—No más tarde de las diez, Barry. No quiero pasar la Nochebuena fuera de ella.

—A las nueve estaré aquí, con mi regalo de Navidad, Mitzy.

—Eres muy amable, Barry —le miró dulcemente la joven camarera—. Te espero...

Fletcher fue a la puerta. Abrió, saliendo al exterior. Poco después, se encaminaba a su Precinto correspondiente, a reunirse con Frank Rogers, su compañero en la Patrulla 22, para iniciar la cotidiana tarea en su área de Manhattan.

Frank Rogers que, en esos momentos, estaba conversando con Sarah Mac Coy, la esposa de Ben.

—Te lo repito, Frank. No lo recuerdo. Sé que él me habló esa noche de varios temas; el Murciélago, el rapto del pequeño Dick Barrington... e incluso el caso de las voces anónimas que insultan, ofenden y amenazan... Pero no puedo recordar nada más. No sé si cambió conmigo alguna impresión especial, si hablamos de algo fuera de lo corriente. No, no me es posible ayudarlos, Frank. Y bien que lo desearía.

—Hay un muchacho muerto, un tal Kirk Dillian, estudiante de química, rebelde y marginado socialmente. ¿Te lo mencionó alguna vez, Sarah?

—No. Seguro que no —negó ella—. Nombró algo sobre los jóvenes delincuentes actuales, pero nada que tuviera que ver con ese tal Dillian.

—Sin embargo, Fletcher está seguro, conociendo a Ben y conociéndote a ti, que hablasteis de algo importante, relacionado con su muerte posterior... Algo que pudiera dar una clave, una pista sobre ese asunto... Ben sabía algo, no hay duda. Algo perjudicial para alguien. Como lo sabemos nosotros... o piensan que lo sabemos, ya que intentaron hacernos lo mismo, y sólo la intuición y agudeza de Fletcher nos libró de sufrir.

—Tal vez le ocurrió a Ben como a vosotros. Que alguien imaginó que sabía más de la cuenta, sin ser cierto... y eso le costó la vida.

—Bien, Sarah, no insisto —suspiró Rogers—. Perdona la insistencia. Pero estamos aún obstinados en saber quién pudo hacer aquello y por qué...

—Lo sé, Frank. Gracias por ello. En mi nombre y en el de Ben... —Le oprimió con calor el brazo—. Si recordase algo os llamaría en el acto para informaros.

—Espero que sí, Sarah. Hasta entonces. Y hasta siempre.

Salió de la habitación. Y de la vivienda de los Mac Coy, ahora silenciosa, triste, con la amargura del más doloroso vacío, el más penoso de los recuerdos...

—¿Se marcha, señora Dillian?

—Sí, me marchó. Para siempre.

—¿Adónde va?

—A Tennessee. Nunca debí salir de allí —sonrió ella amargamente—. Mis padres tienen una granja. No viven muy bien, pero son felices. Y no saben nada de mi vida aquí...

—Es mejor así, señora Dillian. Y es mejor también que vuelva con ellos...

Barry Fletcher no dijo más por el momento. Vio cómo aquella mujer, joven aún, muy joven en realidad, ajada por las amarguras, golpeada por la vida, atormentada por mil dificultades, envejecida por infinidad de abusos, terminaba de hacer su pequeña maleta, mientras un pequeño lloriqueaba en una cuna, dentro de aquella habitación miserable, mal iluminada, en una vieja casa del Bowery neoyorquino.

Binnie Dillian, la esposa de Kirk, se daba por vencida. Abandonaba la gran ciudad a la que llegó deslumbrada por el oropel, las luminarias, el fácil triunfo que nunca llega...

—Lo peor será cuando vean al niño... —musitó, casi llorando—.

No entenderán. Un matrimonio así, un hombre como Kirk... y este final. Es horrible, agente. Horrible...

—No lo es tanto. Sería peor si se quedara, señora Dillian. Esta ciudad puede ser un pedestal o una trampa. Depende de cómo pinten las cosas... Y estas rara vez vienen de cara. No se amargue. Aún es joven. Tiene un hijo. Unos padres, una granja en Tennessee...

—Soy una ruina. Un fracaso... —sollozó ella, ahogadamente.

—No, no lo es —rechazó Fletcher—. Es una mujer. Sólo eso. Luchó, y no ganó. Les pasa a muchas. Pero no todas hacen su maleta un veinticuatro de diciembre, y se van a pasar la Navidad con sus padres, para no volver. Ellos entenderán, estoy seguro. Lo entenderán muy bien, ya verá. Y celebrarán el regreso a casa. Eso siempre se celebra.

—Dios le oiga... —Se enjugó el llanto. Irguió de repente su rostro demacrado, bajo el lacio cabello, rubio oscuro, mal peinado. Binnie Dillian tuvo un destello de luz en sus ojos claros—. Agente, ¿por qué me dice todo eso? ¿Por qué ha venido a mi casa?

—Son dos razones distintas. Le dije eso porque es la verdad. He venido... en busca de otra verdad.

—¿Cuál? —Se puso ella en guardia.

—Su marido, señora Dillian.

—Kirk... —Se mordió los labios, nerviosa—. Debí suponerlo. ¿Más basura encima?

—No sé. Quizá menos. Depende de lo que usted diga.

—Lo que yo diga... ¿Sobre qué?

—Sobre él. Sobre sus cosas.

—No sé mucho de sus últimas andanzas. Estábamos separados. Me dejó, usted lo sabrá. Ni siquiera... Ni siquiera llegó a conocer a su hijo —miró al niño, patéticamente. Las lágrimas rodaron por sus mejillas deslucidas—. No se preocupó por él...

—Dios le juzgará ahora, señora Dillian. Lo que yo quiero saber es si le creería usted capaz de matar. De matar a..., a dos policías, por ejemplo. Y de intentarlo con otros dos.

—Siempre fue agresivo, violento, rebelde, indisciplinado. Atacó a policías, provocó jaleos... —meditó, arrugando sus delgadas cejas—. Pero matar... No, no lo creo. Al menos no por su propio impulso. Una vez golpeó a un policía, durante una manifestación

violenta. Pudo haberle matado cuando lo tuvo a sus pies. Le quitó el arma, le encañonó, incluso... No disparó. Ni siquiera le golpeó de nuevo. Eso le sirvió luego, cuando le cogieron otros policías. Sólo le pusieron una condena de un mes de cárcel. Sí, no tenía mal corazón, en el fondo. Sólo que... estaba amargado. Odiaba a todo y a todos. Conducido, guiado por alguien con mala fe, hubiera matado tal vez. Si aquel día alguien le susurra al oído: «¡Dispara a ese polizonte!», seguro que lo hace. Pero faltó esa voz. Y no apretó el gatillo. ¿Usted lo entiende?

—Muy bien, señora —suspiró Barry Fletcher, con sus ojos entornados, brillantes—. Tal vez haya dicho usted algo muy importante en este caso. Para nosotros y para la memoria de él, incluso. No es lo mismo ser culpable de doble asesinato, que cómplice de este delito, incluso con el atenuante de haber sido obligado o inducido a esa complicidad, señora.

—¿Qué puede importarme ya a mí su memoria? —Se encogió cansadamente de hombros ella—. Kirk está olvidado. Kirk murió. Había muerto ya mucho antes para mí...

—Pero está él, su hijo. —Fletcher señaló al pequeño, mientras se dirigía a la salida—. Algún día será mayor y querrá saber quién fue su padre. Siendo ésa la verdad, sufrirá menos que en otro caso, esté segura... Buen viaje; feliz Navidad... Y suerte, señora Dillian.

Y llevando su mano al borde de la gorra, salió del mísero lugar en que viviera hundida aquella mujer que, sacando fuerzas de flaqueza, volvía a su granja de Tennessee, al sol y al aire abierto. A desintoxicar su cuerpo y tal vez, su alma...

Cuando llegó a la calle, aunque era estrecha y sucia, respiró con alivio el aire del mediodía. Echó a andar, de regreso al coche-patrulla, donde le esperaba Rogers.

—Entra, Barry —invitó su compañero—. Vamos a hacer un viaje a la Calle Treinta y Tres ahora mismo.

—¿La Treinta y Tres? ¿Para qué? —arrugó Fletcher el ceño, perplejo.

—Una llamada urgente del Departamento. No a nosotros, sino a otras patrullas. Pero acaso nos interese ir allá, puesto que no han limitado el número de coches —patrulla a acudir.

—¿Qué quieres decir?

—Una mujer ha sido asesinada esta última madrugada. Una

mujer llamada Leylah Prentiss, en un apartamento de lujo del Pennsylvania Building.

—Leylah Prentiss... —meditó Fletcher—. ¿Tiene algo que ver con nosotros?

—Con nosotros, no. Pero ya había presentado dos denuncias en el Departamento Central. Recibía llamadas telefónicas obscenas, amenazadoras, insultantes. Siempre la misma voz. Siempre el mismo estilo...

—¡La Voz!

—Sí —afirmó rotundo Rogers—. La Voz... Si ha sido culpable, ya no es sólo una voz al teléfono, molestando a la gente de modo vergonzoso... Es... un criminal.

El coche-patrulla arrancó hacia la parte superior de Manhattan, haciendo sonar su sirena.

CAPÍTULO II

El Pennsylvania Building era un edificio moderno, imitando a los clásicos del Nueva York de principios de siglo, pero se veía enseguida que esa ranciedumbre era falsa, totalmente ficticia y presuntuosa. A pesar de ello, resultaba un lugar de lujo. No distaba ni trescientas yardas del *snack-bar* de Mitzy.

Leylah Prentiss había sido una mujer hermosa, sin duda alguna. Su cadáver, cuando menos, era hermoso. Sobre todo, así; semidesnudo, abatido en la alfombra, sobre un charco de sangre. No lejos del teléfono. Un cuerpo de mujer madura, atractiva, incluso sensual. Cabellos oscuros, ojos casi negros, piel bronceada, que la muerte tornaba cenicienta...

—Una estupenda viuda; pobre mujer —comentó el teniente de Homicidios, Mulligan, con las manos en los bolsillos de su abrigo de mezclilla gris.

—¿Viuda? —indagó Fletcher, curioso.

—Sí. Con dinero, con buenas rentas de su difunto esposo. Dicen que no hacía ascos a una conquista, si se presentaba sin problemas ni dificultades. Pero no era una cualquiera.

—¿Cómo la mataron? Parecen heridas de arma blanca...

—Lo son, Fletcher. Una navaja afilada, posiblemente de esas automáticas... Al menos le dieron veinte cuchilladas. Muchas de ellas mortales. El asesino es un ser feroz, sin piedad...

—¿No han sido casi siempre viudas las que recibieron llamadas de la Voz? —se interesó Barry Fletcher, intrigado.

—En efecto —confirmó Hasper Hawks, de la Brigada Volante, acercándose a ellos—. Viudas, divorciadas... y alguna que otra solterona. Nunca mujeres casadas.

—El asesino, evidentemente, odia a las mujeres de esa clase, sean viudas, divorciadas y solteronas de edad avanzada —comentó Rogers, junto al cuerpo.

—Y la Voz también —comentó Fletcher—. Por tanto, son una misma persona. ¿O no?

—Es lo que pensamos nosotros —confirmó Mulligan, cambiando una mirada recelosa con el joven patrullero Fletcher—. No sólo usted tiene brillantes deducciones, muchacho.

—Perdone, teniente —sonrió Barry—. No pretendo ser detective oficial.

—Pues lo disimula muy bien —silbó Mulligan entre dientes—. ¡Dos casos difíciles en pocas horas! Nuestra División ha hecho el ridículo más espantoso. Y no digamos el FBI... Sólo faltaría que usted diera con... la Voz.

—La Voz —comentó Fletcher, entre dientes—. El anónimo comunicante de los insultos sucios y soeces. Enemigo de ciertas damas adineradas, sin marido, y de vida cómoda... Posiblemente, también el asesino de Ben Mac Coy y de Clark Dugan.

—¿Qué mil diablos dice? —refunfuñó con ira Mulligan—. Aunque Denver y la señora Barrington no confesaron eso; aunque el Murciélago niega ser responsable, pudo ser uno de ellos... si su idea de que Kirk Dillian tuvo un cómplice e inductor fuese cierta, cosa que dudo mucho, Fletcher.

—Pues yo, no —sostuvo Barry—. Hubo un cómplice. Un inductor, un responsable. Y es la Voz. Es el asesino de Leylah Prentiss.

Su firmeza, su convicción, dejó a todos estupefactos. Cambiaron entre sí una ojeada de asombro y también de disgusto. Hawks amenazó:

—Cuidado, Fletcher. Su imaginación empieza a ir demasiado deprisa. Ni siquiera sabemos quién es la Voz.

—No. Pero sabemos que odia a las mujeres viudas, solteras o divorciadas. Sabemos que disfruta morbosamente, telefoneando en la noche a esa clase de damas, para decirles horribles cosas soeces. La señora Prentiss presentó dos denuncias casi seguidas. ¿Ambas por el mismo motivo?

—Sí, ambas por idéntico motivo —se irritó Mulligan—. Amenazas de muerte. Graves ofensas, insultos vergonzosos, blasfemias y cosas así. El FBI ha exigido varias veces intervenir en el caso. Toda amenaza telefónica es de jurisdicción federal, usted lo sabe, Fletcher.

—El inefable FBI... —rió entre dientes Barry—. ¿Le van a conceder el caso?

—Sí. —Mulligan agitó un dedo, furioso—. Y esta vez, usted no se meterá por medio, Fletcher. No complicará más las cosas, ¿entendió? Es un patrullero, y nada más.

—Eso parece una orden, teniente —suspiró Fletcher—. Y yo sólo recibo órdenes de mi superior, del capitán Hawks...

—Es una orden, Fletcher —era Hawks mismo quién hablaba—. Olvide el asunto de la Voz. No es de nuestra incumbencia ya. Dejará de serlo justamente mañana, día de Navidad. El día veintiséis, los federales investigarán el caso. Está resuelto así.

—¿Y si la Voz es culpable del fin de la Patrulla 22, capitán?

—Aun en ese caso, Barry. No lo eche todo a rodar. Agradecemos sus servicios, no lo dude. Pero no queremos más problemas. Y precisamente, para que no complique usted la situación entre hoy y mañana... he traído esto para usted —le tendió un sobre azul, cerrado—. Lo lamento, muchacho. Y al mismo tiempo, le deseo feliz fiesta navideña...

Barry rasgó el sobre. Extrajo un volante también azul. Era un permiso por tres fechas. Disponía de este día, de Navidad y del siguiente día. Era libre. Se le relevaba del servicio de patrullas. Iba firmado por el propio Hawks.

—Deseaba un permiso, señor —murmuró Fletcher, ceñudo—, pero no ahora...

—Eso, patrullero, también es una orden —le avisó secamente Hawks.

—Sí, capitán —saludó con rigidez castrense a su jefe. Miró a Rogers, iniciando la salida del edificio—. Feliz Navidad, Frank. Espero que saborees el pavo... en compañía de tu esposa. Al menos, la comida de mañana...

—Eso será en tu compañía también —dijo Rogers—. ¿Irás por casa, Barry?

—Es posible que vaya —sonrió Fletcher—. Si la Nochebuena con Mitzy no termina demasiado entrado el día...

Agitó su mano. Salió de la estancia. La puerta sonó seca tras él. Hawks, Mulligan y el patrullero Frank Rogers se miraron entre sí. Todos parecían malhumorados.

—Tuve que hacerlo —se disculpó el capitán.

—Claro —convino Mulligan—. Esos condenados federales... Si Fletcher les pisa otro caso, son capaces de declararnos la guerra.

—¿Y si el FBI no descubre nada y fracasa? —replicó incisivo Rogers.

Los dos policías se encogieron de hombros, inquietos.

—Será su problema —dijo Mulligan.

—Y el de la ciudad de Nueva York, con un sádico asesino suelto —les recordó Rogers, irritado. Sacudió la cabeza, con enfado—. ¿Quién va a ser ahora mi compañero de patrullas?

—El agente Roland Craig —informó Hawks, escueto.

—Craig... ¿Ese mamarracho engreído? —Se enfureció Rogers.

—Roland Craig ya se ocupó del asunto de la Voz en dos ocasiones, acudiendo a sendas denuncias de madrugada, cuando Clark Dugan estuvo enfermo con aquel acceso gripal, hace dos semanas —le recordó Hawks—. Puede serle útil, Frank. A pesar de sus defectos, que soy el primero en reconocer y lamentar.

—¿En qué Precinto estaba ahora Craig? Hace tiempo que no le veo.

—Vendrá enseguida. Habíamos previsto ya la baja momentánea de Fletcher, por causa de su afición desmedida de investigar problemas misteriosos. Estaba en el Precinto Siete, donde estuvo por última vez Ben Mac Coy con su compañero Dugan, cuando su coche voló por los aires, amigos míos...

—Vaya... —refunfuñó con ira Frank Rogers—. Un muchacho patrullero resuelve tres casos complicados, mejor que todos los detectives de la División del teniente Mulligan... y su único premio es ser enviado lejos, con el pretexto de un permiso como premio. Jamás vi premio más inoportuno, señor.

—Recibirá otro mejor al empezar el año —masculló Hawks, de mala gana—. Ahora, patrullero Rogers, vuelva a su coche. Espere a su compañero de patrulla, el agente Craig. Y olvídense de la Voz, de Leylah Prentiss, aquí asesinada... y por supuesto, incluso de Ben Mac Coy y Clark Dugan. ¿Ha entendido?

—Está claro como la luz, señor. —Rogers saludó, dirigiéndose a la salida del lujoso apartamento—. Y Frank Rogers es un agente disciplinado, aunque a veces sienta asco incluso de ser policía...

—¡Rogers! —aulló Hawks.

Pero ya el patrullero veterano del coche número 22 había

abandonado el apartamento.

Cuando llegó al coche-patrulla, no vio ni rastro de Barry Fletcher. En cambio, vestido de paisano, Barney Dodds estaba junto al vehículo policial. Ambos veteranos se miraron. Parecieron entenderse sin hablar.

—Barry se largó en un taxi —dijo Dodds, pensativo—. Pobre muchacho... Quería un permiso, pero no así.

—Sí, maldito sea todo esto —refunfuñó con ira Rogers—. A veces te comprendo, Barney. Da asco ser honesto y ponerlo todo en la vida. Nadie te lo agradece jamás.

—Hace años que aprendí eso —sonrió amargamente Barney Dodds. Se encogió de hombros—. Pero he ido aprendiendo a soportarlo...

—Supongo que nosotros debemos aprender aún esa lección, Barney. Me han asignado a Craig. ¡Infiernos, qué patrulla de Navidad...!

—Craig... —Barney Dodds rió burlón entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Espero que, al menos, Fletcher se divierta. Le gusta Mitzy, la chica del *snack*. Hará bien en olvidar todo esto... Frank, he venido cuando supe en el Precinto que la muerta era Leylah Prentiss...

—¿La conocías, Barney? —Abrió la portezuela, entrando en el coche.

—Claro. Ésta es mi demarcación de noche. Dos veces denunció llamadas anónimas de ese loco del telefono... Yo la ayudé entonces.

—Lo sé. Ahora ya no son sólo llamadas..., sino un asesinato. A cuchilladas, Barney.

—¿Lo hizo el comunicante anónimo?

—Es lo que parece, sí. Entró de algún modo en su piso, la mató...

—Cielos, vaya Navidad... —Dodds se estremeció, bajando la cabeza—. Pobre señora Prentiss... Era hermosa, simpática, llena de vida... y de dinero.

—Olvídala, Barney —le aconsejó Rogers—. ¿Te llevamos a alguna parte?

—No, gracias —miró al edificio—. Creo que volveré a casa. Es lo mejor... Ya no tengo siquiera valor para presenciar ciertas cosas...

Se alejó, pensativo, las manos hundidas en sus bolsillos. Frank

Rogers se dispuso a aguardar, sentado en su coche-patrulla, la llegada del patrullero suplente de su inseparable camarada Barry Fletcher.

—Creí que te alegraba tener libres estas fiestas de Navidad, Barry...

—Sí, Mitzy, pero no así... —Fletcher sacudió la cabeza, contemplando su vaso de *whisky* con soda—. Es... Es como dar la jubilación a un hombre todavía útil.

—Vamos, vamos, no dramatices —rió ella—. Creí que eras mucho más sensato, más razonable y con mucho mayor sentido del humor... Es un permiso, y nada más.

—Les estorbaba, Mitzy. Y me echaron —apuró su *whisky*. Puso el vaso sobre el mostrador—. Dame otro.

—No —negó ella, rotunda—. No habrá más licor, Barry Fletcher.

Le retiró el vaso con energía y se quedó mirando a su cliente. Barry, con aquel abrigo corto, color canela, su *tweed* deportivo y su corbata de dibujo moderno, distaba mucho de parecerse al patrullero siempre uniformado, siempre de azul, con la placa de la Metropolitana sobre el pecho.

—Es Nochebuena, encanto —replicó él, sardónico.

—Exacto. Es Nochebuena, a las diez abandono este cubil, y tú vas a venir conmigo a pasar la víspera de Navidad cenando, bailando y divirtiéndote hasta que se haga de día, Barry Fletcher.

—No creo que tenga hoy humor para...

—Barry Fletcher —se puso ella tremendamente seria—. ¿Vas a cumplir tu palabra de ser mi compañía durante tu permiso... o deberé retirarte la palabra para siempre, hombre de poca fe?

—Me sobra fe —refunfuñó él—. Y me falta paciencia. Esto que hicieron conmigo es..., es una sucia faena. Una cochina.

—El *whisky* empieza a hacer su efecto sobre el honesto e inteligente policía Barry Fletcher —recitó Mitzy, burlona—. Tendré que retirarte la palabra de modo definitivo.

—No, espera —cortó él—. Está bien, iremos adonde quieras y hasta cuando quieras, Mitzy. Pero sigo opinando que estuvo feo lo que me hicieron.

—De acuerdo. Muy feo. La gente no soporta ciertas cosas. La humillación, menos que ninguna. Tú has humillado en pocos días al

FBI, a la Metropolitana y a unos cuantos más, incluido el fiscal del Distrito.

—Creí que descubrir la verdad era antes que herir susceptibilidades.

—Eso demuestra que eres todavía un ingenuo. Fletcher, olvida a la policía, olvida a tu bendita Patrulla 22, y dedícate por entero a mí, a Mitzy, en esta Navidad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, sí. —Fletcher miró al reloj, bostezando—. Son las siete de la tarde ya. A las diez volveré por ti.

—¿Palabra de honor? —le reclamó ella.

—Palabra de honor —respondió él, alzando su mano.

Y se encaminó a la salida, con un leve trompicon. El *whisky*, como dijera Mitzy, hacía poco a poco su efecto.

Llegaba ya a la salida, abriéndola para enfrentarse a la iluminada tarde navideña, cuando Mitzy le llamó desde el mostrador:

—¡Eh, Barry, es para ti!

Fletcher se volvió. Ella sostenía un teléfono en su mano, Fletcher pestañeó.

—¿Para mí? —indagó—. ¿De parte de quién?

—Es una mujer. La señora Mac Coy... —dijo Mitzy—. Preguntaba por Rogers, pero ya que él no ha venido a cenar, le dije que estabas tú, y pidió hablar contigo...

—Dame —le quitó el teléfono de la mano—. ¿Señora Mac Coy? Soy Fletcher.

—Hola, Barry —sonó la voz de la viuda del patrullero. Sonaba agitada—. ¿Sabe una cosa?

—¿Cuál, Sarah?

—Acabo de recibir una horrenda llamada telefónica.

—¿Qué? —aulló Fletcher—. ¿Cómo dijo?

—Una llamada repugnante. Una voz borrosa, insultándome, diciendo cosas soeces, frases injuriosas... Cosas tremendas, Fletcher.

—La Voz... Siga, Sarah. ¿Qué más? Debió avisar enseguida a la central telefónica. Tienen instrucciones de...

—Lo hice, lo hice —aseguró ella vivamente—. Y me han dicho que procedía de una cabina telefónica en ese sector donde ustedes almuerzan... La cabina doscientos trece, exactamente, y...

—¡Un momento, señora Mac Coy! —jadeó Fletcher—. ¡La

llamaré yo después!

Se precipitó fuera del *snack*, sin decir más. Mitzy le miró, aturdida, pensando si se habría vuelto loco. Barry Fletcher corrió por la acera nevada, doblando dos esquinas a velocidad de vértigo. Se enfrentó con la cabina 213, desde la que había recordado inmediatamente que él llamó en una ocasión a Rogers, cuando él se retrasaba en llegar con el coche-patrulla, de un servicio especial.

Estaba allí, frente a él. En la Calle Treinta y Cinco, exactamente. A espaldas del bar de Mitzy. La vio, vacía, solitaria en medio de la tarde invernal, azotada por el viento frío y los ramalazos de nieve.

Dirigió una ojeada lenta, alrededor. Se quedó mirando a los transeúntes. Una chica cargada de paquetes entró en la cabina y llamó apuradamente a alguien.

—Nada... —masculló—. Demasiado tarde... Es muy astuto para quedarse cerca... Y aunque estuviera por aquí..., ¿quién diablos será?

Regresó despacio al bar. No entró. Desde el exterior vio sentado a Barney Dodds, de uniforme, a punto de empezar su ronda. Y su cena. No quiso molestarle. No valía la pena. Barney no le ayudaría gran cosa a encontrar a nadie.

Lentamente, siguió andando hasta la Calle Treinta y Tres. Se metió en una cabina. Llamó a Sarah Mac Coy. Cuando ella descolgó, su voz era medrosa:

—¿Quién... Quién es?

—No tema, Sarah. Soy yo, Fletcher.

—Oh, gracias a Dios... Temí que fuese otra vez... él.

—Estuve en esa cabina. No vi a nadie, por supuesto. Pero está muy cerca, sí. Sarah, ¿pudo identificar algo especial en esa voz?

—La verdad, no, pero...

—¿Qué? ¿Se le ocurrió algo?

—Bueno, al principio no pensé en ello, pero luego, de súbito, mientras me susurraba un espantoso montón de obscenidades por el teléfono, recordé algo...

—¿Qué recordó, señora Mac Coy?

—Lo que hablé con mi marido aquella noche... La víspera de su muerte, Fletcher.

—¡Cielos...! —Barry se apoyó en el vidrio de la cabina, conteniendo el aliento—. ¿Seguro que lo recordó, Sarah?

—Seguro, sí. Me vino apenas escuché esa voz. Luego, a medida que oía frases vergonzosas, sucias y viles, recordé, pensé... y me dio auténtico horror. Más aún que antes... Creo que grité algo, colgué... y luego, más serena, avisé a la central telefónica.

—¿Qué fue lo que recordó? Por favor, hable, Sarah. Es importante. Puede ser vital. Y urgente también...

—Recordé... Recordé que Ben, aquella noche, hablando de esa voz anónima que llama por teléfono, cambió impresiones conmigo, y me hizo una curiosa pregunta. Algo sorprendente que, desde luego, ni siquiera hubiera vuelto a pensar jamás. Pero que yo..., yo recuerdo en este momento muy bien.

—¿Y fue...?

—El me preguntó si yo relacionaría aquella actitud de odio feroz, implacable, hacia las mujeres viudas, divorciadas o solteronas, con alguien que conociera. Tras cierta reflexión, le dije que sí.

—¿Quiere decir que usted creyó conocer un motivo para odiar a las viudas, solteronas o divorciadas, hasta el punto de telefonearlas de esa forma, en alguien que le es conocido?

—Si ese alguien sufre una desviación mental peligrosa, sí... Al menos, existe el motivo. El abandono de una esposa que se divorció... y de una hija que enviudó de un marido de buena posición, abandonando ambas al esposo y padre. El odio, centrado en ellas, se extendería, por desequilibrio mental, a todas las mujeres divorciadas, viudas... e incluso solteronas que vivan sin esposo, con holgura económica.

—¿Acaso está hablando de... de...?

—Sí. De él, Fletcher. Del hombre que usted supone. Por eso no pude evitarlo y dije por teléfono, al oírle, algo así como: «¡Dios mío, Ben tenía razón!»...

—¿Eso dijo usted? —Se inquietó Fletcher.

—Sí. ¿Fue imprudente?

—Mucho. Si hubiera captado la intención... Quédese en su casa. No abra a nadie bajo pretexto alguno, hasta que yo llegue y me identifique sin lugar a dudas. «Sin lugar a dudas», ¿entendió? No le baste una voz. Ésa puede fingirse. Me deberá ver a mí, para franquearme el paso. Recuerde que si su esposo fue asesinado brutalmente, acaso fue motivado por esa misma razón que usted

conoce.

—¡Dios mío...! ¿Pudo él...?

—Pudo, si es culpable de lo que supone. ¿Cree que era su voz?

—No podría jurarlo, pero podría serlo, algo disfrazada. Sin embargo, pensar que..., que un...

—¿Que un policía mate a otros? —Barry Fletcher respiró con fuerza, apretando casi hasta sentir dolor en su mano, el auricular telefónico—. Un policía es siempre un hombre, por encima de todo. Sujeto a desviaciones, pasiones extrañas, inconfesables errores o dolencias psíquicas. Sí, Sarah. Es posible, por desgracia. El está enfermo. Siempre lo estuvo. Se le dio una oportunidad, pero creo que fue un error, un tremendo error... Barney Dodds, el viejo policía fracasado... es ahora un criminal triunfante. El es la Voz. El mató a Leylah Prentiss, porque debió terminar identificando su voz por teléfono... El mató a Ben y a Clark, forzando a Kirk Dillian a poner el explosivo en su coche —patrulla. El le indujo a Dillian a repetir la hazaña en el nuestro... y luego escapó del coche, matando a Dillian y quemando su automóvil con él dentro... No sorprendió al coche en fuga, sino que iba dentro de él, abrió la portezuela, saltando afuera... y desde allí acabó con su cómplice. Ésa es la verdad. Toda la amarga verdad de este asunto...

—¡Cielos...! Y ahora...

—Ahora, si recapacita un poco, irá por usted —agregó Fletcher, muy pálido—. Recuerde: no se mueva. Está ahora cenando en el *snack* donde Mitzy sirve, donde nosotros comemos siempre. Trataré de manejarle con cuidado. No se me escapará. Pero por lo que pueda suceder..., ¡no se fíe de nadie!

Colgó, saliendo con rapidez de la cabina telefónica. Corrió hacia el bar. Empujó las puertas vidrieras con fuerza. Estaban tan empañadas que no se veía ya el interior, tal era la diferencia de clima.

Se quedó rígido, clavado en el suelo. Su mirada se deslizó por el mostrador.

No estaba allí Barney Dodds, con su uniforme de patrullero de calles.

Contempló su plato de tostadas, sus hamburguesas con salsa de tomate, su café, su ensalada, la servilleta y los cubiertos... Todo a medio comer.

—Dodds... —musitó—. Se ha ido...

Se inclinó sobre el mostrador. Buscó con la mirada a Mitzy. No la vio en parte alguna. Bart, el jefe de cocina, asomó su cabeza, mientras dos camareros servían al fondo.

—Hola, Fletcher —saludó Bart—. Feliz Navidad.

—Igual digo —contestó él, seco—. Llama a Mitzy. Diga que salga. Es urgente.

—¿Mitzy? Se ha ido.

—¿Irse? ¿Adónde? No termina su servicio hasta las diez, ¿no?

—Bueno, la pobre está todo el año al pie del cañón, tú lo sabes —rió Bart—. Todos influimos para que le dieran permiso antes de la hora. Incluso Barney Dodds, el patrullero, intercedió por ella. El jefe le autorizó a irse a celebrar la Nochebuena.

—Mitzy... ¿Adónde fue? ¿Y Dodds? Estaba cenando, empezando apenas...

—Los dos se fueron juntos —rió Bart.

—¿Qué? —aulló Fletcher, lívido de repente.

—El viejo Barney la acompañaba a la parada del autobús... Incluso se ofreció a llevarla en su coche, si quería. Lo aparcé por ahí. Total, no empieza su servicio hasta las ocho... Pero no temas, Barry. El viejo Barney no es rival para un tipo como tú... —Y rió lo que creía una broma muy divertida.

—No sabes tú la clase de rival que puede ser —dijo furioso Barry Fletcher. Y ante el asombro de todos se precipitó de nuevo a la calle, maldiciendo no tener allí a Rogers y su coche-patrulla para partir en busca de Mitzy y de Dodds, haciendo sonar la sirena a través de todo el tráfico navideño.

Pensó en llamar al Departamento Central, a la Brigada Volante... Pero nadie le haría caso. Su verdad era demasiado increíble para exponerla por teléfono. Creerían que había bebido de más. Sólo Rogers creería en él. Y ni siquiera sabía dónde localizar a la Patrulla 22.

Echó a correr, a la desesperada, por en medio del gentío y los vehículos. Mal día para buscar coche. Ni un taxi libre. Todo júbilo, bullicio, gentío... Dificultades para avanzar, para moverse. Ventaja para Dodds, que iba con Mitzy a alguna parte.

A la muerte, quizá.

CAPÍTULO III

Frank Rogers giró la cabeza. Se quedó mirando pensativamente a su compañero de patrulla. Particularmente, no sentía antipatía alguna hacia Roland Craig. Pero tampoco la menor predilección.

Era un bobalicón de cara larga, caballuna, expresión torpe y ojos desvaídos. No era rematadamente tonto, pero le faltaba poco. Sería patrullero toda su vida. Y gracias.

—De momento, la noche de la víspera navideña está resultando tranquila —comentó Rogers—. Ni accidentes, ni incendios ni nada parecido. Ojalá siguiera así toda la noche...

—Estas noches son malas —comentó Craig, apaciblemente—. Habrá jaleos, ya lo verá.

Frank torció el gesto. Aquel Craig era ideal para darle ánimos a cualquiera.

—Si tus augurios resultan ciertos, a lo mejor te retuerzo el cuello como regalo de Navidad —dijo, malhumorado.

—¡Qué gracioso es usted, Rogers! —rió divertido Craig—. Resulta más cómico ir con usted al lado, que con Ben Mac Coy, a quien Dios tenga en su gloria.

Y se persignó, muy modoso. Rogers le fulminó con la mirada, pero se dominó, mientras recorrían el enloquecedor tráfago callejero de Broadway.

—¿Aún te acuerdas de tus patrullas con Ben? —refunfuñó—. Sólo fueron dos, ¿no es cierto, Craig? Cuando Dugan cogió la gripe aquella...

—Fueron dos, pero muy movidas —resopló Craig, beatífico—. Donde yo hago patrulla, siempre resulta movido, lleno de jaleos...

—Encantador. —Rogers frenó ante un semáforo, estudiando las luces multicolores que todo lo festoneaban—. Contigo siempre hay diversión segura, ¿eh, Craig?

—Ya puede decirlo, Rogers. Ben se acordaba muy bien de

nuestras patrullas de entonces. Incluso me las recordó, el pobrecillo, antes de morir.

—¿Ben te las recordó? —La duda flotó en la voz de Rogers—. No hay duda de que dejaste huella con él, como la dejarás en mí, muchacho...

—Oh, seguro. Ben habló conmigo tan animosamente de aquello... Incluso se rió de buena gana al charlar. Me dio uno de sus palmetazos de amigo, salió del Precinto y... ¡boom! Pobrecillo. Saltó por los aires con Dugan. Apenas medio minuto después de decirme adiós.

—¿Decirte adiós a ti? —Rogers arrancó de nuevo, rodando lentamente. Cambió una mirada con Craig—. ¿Estás seguro?

—Cielos, claro que sí. Precinto Siete. El día del atentado. Salía de allí, por cierto. Habían hecho su descanso a mediodía. Dejaron allí el coche-patrulla... Entre la acera y el aparcamiento de furgonetas... Yo salí dos veces, pero apenas si se veía su coche, entre una furgoneta de tipo industrial y otro coche... Luego se quedó solo, en medio de la calzada de aparcamiento... Subieron a él... y se hicieron pedazos. No sé cómo pudo suceder, la verdad.

—Bendito seas, Craig, ¿y no dijiste a nadie que Ben Mac Coy estuvo hablando contigo justo un momento antes de morir?

—¿Para qué iba a decirlo? Nadie hace nunca caso a Roland Craig. Y si dije algo, ni me escucharon siquiera.

—Lo creo, muchacho, lo creo —musitó Rogers, dominándose. Le miró, incluso sonriente—. Pero ahora sí te escuchan. Te escucho yo. Y quiero que me lo cuentes todo, ¿entendido? Todo en absoluto, sobre lo que hablasteis ese día Ben y tú...

—Bueno, ya se lo dije. Charlamos de nuestras patrullas, de lo que sucedió entonces...

—Sí, sí. Pero ¿qué sucedió exactamente? —Se armó de paciencia Rogers.

—Bueno, la verdad es que él..., él se acordaba de todo. De la chica desvestida a la que tuvimos que cubrir con una guerrera, borracha como una cuba... Del chino que se ahorcó en la lavandería... De los tipos que atracaron el bar de Cully...

—No, no, Craig. Hablaríais de otros asuntos con él. Por ejemplo..., del Murciélago...

—¿El Murciélago? No, no atracó a nadie ni quemó sitio alguno,

que yo sepa, durante nuestras patrullas...

—O tal vez el rapto del niño Barrington...

—Eso no había ocurrido aún, Rogers.

—Cierto, muy cierto. Entonces... tal vez de..., de la Voz. Del comunicante anónimo, que asusta y amenaza a las mujeres... El que ha matado a Leylah Prentiss...

—¡Sí! —Los ojos de Craig se iluminaron—. Hablamos de eso, Rogers... De eso, y de la gente rara que hace cosas raras, sin motivo justificado...

—Cielos, menos mal que di con el asunto —le apremió ahora—. Sigue, sigue. ¿Qué más sucedió, muchacho? ¿Qué hablasteis?

—Bueno, recordamos las denuncias recibidas, las mujeres asustadas por las llamadas anónimas... Barney Dodds, el viejo fracasado, nos ayudó entonces. Por cierto... Por cierto, que recordando a Dodds... Ben Mac Coy me preguntó si sabía algo de su mujer, de su hija...

—¿Su mujer y su hija? —Rogers paró en seco. Suerte que el semáforo estaba en rojo y no fue mal el frenazo—. ¿Por qué mencionó él eso?

—Bueno, era hablar por hablar, según parece... Yo le dije lo que sabía. Su mujer, tras divorciarse de él, vivía muy bien, lejos de Nueva York. Con su hija, viuda ya, que tampoco quería saber nada de su padre. El pobre Barney siempre estuvo bastante chiflado. Yo le dije que era lógico. Una vez su mujer me contó que él se había criado con una hermana solterona, que le hizo crecer lleno de complejos, y de ahí le vino su fracaso sentimental. Eso, a Ben pareció interesarle bastante, no crea. Me dijo que Dodds sí que tenía motivos para odiar a viudas, divorciadas y solteronas, tanto o más que el propio autor de los anónimos. Y yo le dije que era cierto. Luego se marchó y...

—Sí. Y... ¡boom! —dijo acremente Rogers, con su rostro pálido, tenso. Miró a Craig como si de repente hubiera descubierto que llevaba sentado en su coche al arcángel San Gabriel—. ¡Espero que alguien me confirme todo eso muy pronto, Craig!

Y aceleró, haciendo sonar su sirena. Se lanzó vertiginosamente, de repente, a través del tráfico navideño. Todos le dejaron paso, en medio de cierta confusión.

Craig, tras perder su gorra al caer atrás, miró con asombro y

temor a Rogers.

—¡Eh, Frank! —jadeó—. ¿Se ha vuelto loco? ¿Adónde vamos ahora con estas prisas?

—Tal vez al final de un sendero tenebroso, Craig. Tal vez... —dijo enigmáticamente Frank Rogers.

Y pisó más a fondo el acelerador.

Barry Fletcher golpeó suavemente la puerta. Esperó, llamando de nuevo.

—Señora Mac Coy —susurró—. Abra, por favor. Soy yo, Fletcher. Mire por la mirilla para comprobarlo. Abra, enseguida. Es urgente...

Esperó. Hubo un roce tras la puerta. Fletcher esperó. Se dejó ver por la mirilla, ostensiblemente, en el porche del *bungalow*.

Pareció dar resultado. Se abrió la puerta con suavidad.

—Entre —invitó una voz femenina, en la penumbra del recibidor.

Fletcher pasó. Se cerró la puerta. Encendieron la luz. Enseguida comprendió su grave error.

La voz pareció femenina. Había sido bien fingida.

—Hola, Fletcher. Lástima... Llegó tarde, ¿verdad? —dijo tranquilamente Barney Dodds.

Barry le miró. Lamentaba no ir armado. Nunca llevaba su arma cuando iba de paisano. Dodds sí que estaba armado. Y no con su 38 reglamentario de la policía, sino con una «*Parabellum*» provista de silenciador. Sus ojos brillaban demoníacos. Estaba lívido, convulso. Y sin duda, dispuesto a todo.

—¿Y las mujeres? —jadeó Barry—. ¿Qué hizo con ellas dos?

—¿Mitzy y la señora Mac Coy? —soltó una carcajada Dodds—. No tema, Fletcher. Están aún con vida. No pueden ayudarle, si es eso lo que espera. Esa viuda y esa solterona recibirán su merecido. Nadie puede impedirlo.

—Sarah es viuda de un camarada suyo, Barney. Y Mitzy no es una solterona. Tiene sólo veintidós años.

—Es igual. Terminaría siendo una solterona como mi hermanastra Roana, la muy... O una divorciada como la perra de mi mujer, o viuda adinerada y sin corazón, como la bastarda de mi hija...

—Dodds, usted odia a todos. Y a todas. A toda mujer, sólo porque dos le abandonaron, y una le debió dar malos tratos de niño, ¿no es cierto?

—Todas son unas perras. Me hundieron, hicieron de mí un desgraciado... Moriré arrastrando mis cansados pies agrietados por esas calles húmedas, frías en invierno, ardientes en verano... ¡Malditos sean todos, todos ustedes! ¡Toda la gente, toda la policía! Ben y Clark iban a cogerme... Tuve que hacerlo. Sabía que andaban tras de mis pasos... Igual que la nueva Patrulla 22... ¡Frank Rogers y Barry Fletcher! Todos, todos contra mí...

—No, Dodds. Es usted quien está contra todos. Está enfermo. No sabe lo que hace ni lo que piensa... Entréguese. Le curarán, le atenderán... Nadie va a hacerle daño...

—Me dice que estoy loco... ¡Loco! —Lanzó una seca carcajada cruel—. No, Fletcher. No estoy loco. Soy listo. Muy listo. Nunca imaginaron que era yo, ¿verdad? Yo, la Voz... Durante mi servicio de noche era tan fácil... Vecinas de mi área, conocidas todas... Asquerosas viudas ricas, sucias divorciadas, repugnantes solteras... ¡Qué divertido asustarlas!

—Y matarlas... ¿También es divertido, Dodds? —acusó fríamente Fletcher.

—Sólo fue Leylah... La perversa señora Prentiss... Me invitaba a su piso durante mi servicio de noche... Nunca iba. Me daba náuseas pensar que una viuda ensuciaría así el recuerdo de su marido... Cuando me decidí a subir, fue por debilidad... Un error. Me arrepentí a tiempo... Cuando le dije, riendo, que yo, ¡yo!, era... la Voz..., ¡cielos, qué cara de terror puso! Creí que iba a tirarse por la terraza abajo. La muy tonta, sin embargo, corrió al teléfono, quiso llamar, apenas yo empecé a decirle personalmente lo mismo que digo por teléfono a esas perras... Tuve que hacerlo. Tuve que silenciarla, Fletcher...

—Sí. Como a Ben, a Clark... Como a Kirk Dillian, su compinche... Dos amargados diferentes. Un joven marginado, intolerante, y un viejo rencoroso y demente.

—¡No! —aulló Dodds—. ¡Demente, no!

—Sí, Dodds. Está loco. Rematadamente loco.

—Sucio bastardo, policía mimado... —le amenazó con la «*Parabellum*»—. ¡Adentro! ¡Vamos, pase o le coso a tiros aquí

mismo! Reúnase con sus amigas...

Barry entró. No podía hacer otra cosa. Tras él, Dodds llevaba su arma enfilada hacia su espalda. Tenía todos los triunfos en su mano.

Halló a Sarah Mac Coy y a Mitzy Lennox, atadas cuidadosamente la una a la otra, tendidas en un lecho de matrimonio que fuera de Ben Mac Coy. El terror, la angustia, se reflejaba en sus rostros demudados.

—¡Barry! —gimió Mitzy, desesperada—. ¡Oh, no, tú no...!

—Cometí el error de venir sin armas —dijo Fletcher, sombrío—. Esperaba llegar antes que él. Señora Mac Coy, ¿cómo pudo dejarle entrar...?

—Lo hizo por atrás, por el jardín —se quejó la viuda—. No pude evitarlo. Quebró los vidrios, abriendo la puerta balcón y entrando aquí armado, arrastrando a esta pobre chica...

—No será capaz de... de...

—¿De matarnos? —Barry Fletcher asintió con la cabeza, cortando a Mitzy—. Desgraciadamente, sí. Hubiera podido ser un buen hombre y un buen policía. Pero está enfermo, enloquecido. Su mente está enferma. No se puede razonar con un loco. Ya mató a otros. Seremos sus nuevas víctimas...

—Fletcher, ¡no vuelva a llamarme loco! —jadeó Dodds, descompuesto.

—No puede evitarlo. Podrá matarme, pero no acallar mi verdad. Usted sabe que está totalmente fuera de este mundo. Que es un peligro para los seres normales.

—Le mataré...

—Claro. Nos matará a todos. Eso no cambiará las cosas. Está loco. Debe ser internado. No vaya más lejos en su demencia. Razone, suelte ese arma. Yo le ayudaré... Todos le ayudaremos, Dodds...

—¡No, no! —Agitó su arma—. Fletcher, no intente nada. Voy a terminar con todos...

Mitzy sollozó. Afuera, caían gruesos copos de nieve, blanqueando el jardín oscuro y desierto, por el que nadie esperaba que llegase salvación alguna posible.

Dodds alzó su arma. Apuntó al lecho.

—Ellas primero —dijo—. Quiero que vea agonizar a sus amigas, a esas arpías...

Barry Fletcher saltó entonces. Se abalanzó sobre Barney Dodds. La viuda Mac Coy y Mitzy emitieron un grito a dúo. El arma disparó un seco taponazo.

Alcanzado por el proyectil, Fletcher reculó, tambaleante. La sangre brotó sobre su abrigo de mezclilla. Aun así, se arrojó sobre Dodds, antes de que oprimiera de nuevo el gatillo del arma silenciosa.

Dodds disparó de nuevo, pero esta vez la mano del herido Fletcher había hecho presa rabiosa, una tenaza dura y violenta sobre la muñeca armada del viejo policía, a quien la demencia prestaba fuerzas titánicas, en desacuerdo con su físico y edad.

La bala se hincó en el artesonado del techo. Ambos hombres lucharon con rabia. El arma cayó al suelo. Fletcher sintió que sus ojos se nublaban por momentos. Su abrigo era ya un enorme manchón rojo oscuro, y la sangre goteaba a la alfombra o salpicaba los muros, con el forcejeo desesperado con el asesino.

Sabiendo que sus fuerzas se agotaban, Barry forzó las cosas, pero en vano. Dodds, centuplicada su ira y su fuerza por la locura, descargó un brutal rodillazo contra el vientre del patrullero. Fletcher cayó atrás, golpeó la cama y le fallaron las fuerzas. Sus rodillas cedieron. Se fue a tierra de bruces. Aún así, trató de aferrar la «*Parabellum*» silente con una mano.

Dodds se la pisoteó, brutal. Gritó roncamente Fletcher. El asesino recuperó el arma. La alzó, para rematar a Fletcher. Luego seguirían Mitzy y la viuda Mac Coy. Ellas chillaron, exasperadas.

CAPÍTULO IV

La ráfaga de disparos segó la vida de Barney Dodds en simples segundos. Su cuerpo se cubrió de balas, de agujeros sangrantes. Gritó agudamente, osciló, en un bailoteo siniestro...

Luego se derrumbó dando una voltereta, lejos de Fletcher, y soltó su arma, casi con rabia, vidriosos sus ojos desorbitados. Se quedó inmóvil, desangrándose en tierra, con un ronco jadeo, que era un simple estertor.

Siguió un profundo silencio. Fletcher, medio desvanecido, giró la cabeza hacia la puerta balcón asomada al jardín oscuro.

Con sus uniformes azules cubiertos de nieve, los hombres de la Patrulla 22, Frank Rogers y Roland Craig, aparecían en pie, ante la vidriera destrozada a balazos, empuñando sus 38 reglamentarios, que humeaban tras los disparos.

—Llegasteis... muy a tiempo... —susurró Fletcher, a punto de desvanecerse.

—Sabíamos ya la verdad, Barry —explicó Rogers, entrando en la vivienda con su compañero provisional—. Al llegar, oímos gritos de mujer y rodeamos la casa, prefiriendo este acceso. Y nos alegramos de ello...

Dejó de hablar. Barry Fletcher había perdido el conocimiento.

—Corre al radioteléfono —masculló su compañero, volviéndose a Craig—. Y deprisa. Avisa a la Brigada. Una ambulancia y dos patrullas más, con urgencia. Es todo.

Craig salió apresuradamente. Rogers desató a las dos mujeres. Luego fue a ocuparse del cadáver de Barney Dodds.

Mitzy fue corriendo junto a Barry, para auxiliarle. Le rodeó con sus brazos, el prodigó frases patéticas, cubriéndole de besos y de lágrimas. Entretanto, Rogers se echaba ligeramente atrás su gorra de policía, comentando:

—Es lo mejor que pudo ocurrirle a Barney Dodds. Ya descansa

él... y nosotros también. Ahora, Ben y Clark saben que se hizo justicia...

Y todavía perplejo, contempló el corpachón de aquel hombre que dedicara toda su vida a la policía, para terminar, siendo un asesino. Y todo por motivos oscuros, que sólo su mente enferma, acomplejada, le pudo sugerir.

No tardaron en oírse en el exterior silbidos de sirenas policiales y de ambulancias.

Mitzy seguía arrodillada junto al jadeante Barry Fletcher, ayudando a Rogers a taponar la herida de su camarada, para evitar mayor hemorragia.

—¡Vaya manera de gozar de unas vacaciones de Navidad! —se quejó Fletcher—. En el lecho de un hospital... y con la perspectiva de muchos días más de internamiento aquí, de convalecencia después...

—¿No estaba anhelando un largo permiso? —rió Hawks entre dientes—. Ya lo tiene, Fletcher, muchacho...

—Capitán, ahora es cuando estoy seguro de que soy un hombre con mala suerte.

—¿Mala suerte, y salvó la vida después de recibir un disparo que pudo ser mortal? —El capitán Hawks soltó una carcajada—. Vamos, vamos, no diga esas cosas. En cuanto a su relevo, crea que lo lamento. Fue un error mío, Fletcher. Y aun pese a ello, ha logrado usted dejar nuevamente en ridículo al FBI.

—Y a mi División, Hawks, no lo olvide —terció Mulligan, presente también en la habitación de la clínica. Miró, risueño a Fletcher—. Menos mal que confío en que su agente Barry Fletcher acepte un puesto en mi División de Detectives de Homicidios..., con un sueldo triple, al menos, del que ahora percibe. Y con grandes horizontes para mejorar... ¿Qué me dice a eso, Fletcher?

—Que es un gran regalo de Navidad, señor —dijo Barry, sorprendido.

—¿Navidad? ¡Cielos, hace días que pasó ya! —protestó Rogers—. Llevas ahí, sin sentido, justamente cinco días. Ahora puede decirse que es... un regalo de Año Nuevo. Acéptalo, Barry.

—¿Y tú, Frank? ¿Y nuestra Patrulla 22?

—¡Qué diablos, la Patrulla 22 nunca muere! Sigue adelante. Con unos o con otros hombres. Ahora tengo a Craig —respiró, resignado

—. ¡Qué le voy a hacer! Por su bien y por el mío, espero que sea sólo provisional mi pareja..., aunque el pobre muchacho contribuyó a hacerme ver claro en el asunto...

—No dude de que tendrá otro compañero digno de usted, Frank —prometió Hawks—. El mérito de esta gesta ha sido de ambos, de la Patrulla 22 en su totalidad. Y la Patrulla 22 seguirá existiendo, con hombres dignos de ella, estoy seguro. Mucha suerte en su nueva carrera como detective oficial, Fletcher, amigo.

—Gracias, señor —sonrió él. Se volvió a Mitzy. Tomó sus manos con calor. Ella se inclinó, besando su frente. Barry le hizo bajar el rostro, hasta enfrentar sus bocas. La besó. Al apartarse, ambos sonreían, sin dejar de mirarse a los ojos—. Mitzy, ahora sí... Ahora podré decirte muy pronto... si quieres ser la señora Fletcher...

—¡Barry...!

—No quiero que seamos dos solterones. Ni quiero que tu excelente comida sea para otra persona que para tu querido esposo Barry...

—¡Oh, Barry, cariño...!

Le rodeó con sus brazos, besándole fuertemente. El herido reaccionó bien. Ni una queja brotó de sus labios. Y si la hubo, los labios de Mitzy no dejaron que fuese oída.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

